

# SELECTA

Año III  
Número 6

REVISTA MENSUAL. LITERARIA Y ARTISTICA

Santiago de Chile, Septiembre de 1911

Precio:

UN PESO

EDITORES PROPIETARIOS: EMPRESA ZIG-ZAG, TEATINOS 666



EL VERANO EN ESCULTURA

# HECHOS Y NOTAS



**V**UELVEN los días de sol—esos días, los únicos en que la vida vale la pena de vivirse—en los cuales la existencia parece deslizarse como una blanca nube en los cielos transparentes y azules. Se va por fin el invierno, con su cortejo de tristezas, de frío intenso, de brumas, de lluvias, de soledades. Hay momentos en que sólo se escucha el interminable gotear de las aguas que caen del cielo, de manera interminablemente monótona, como si fueran lágrimas derramadas por seres invisibles que se apiadaban de las culpas de los hombres.

La sociedad se ha divertido como ha podido hasta el presente. Es verdad que ha tenido al incomparable Guitry—el más grande actor que haya venido á Chile,—pero en cambio sus piezas no eran para jóvenes solteras y la mayoría de las niñas debían contentarse con leer clandestinamente los argumentos de las piezas prohibidas por la moralidad estricta de papá. Tenemos una curiosa educación, heredada de la colonia, según la cual no es posible que las muchachas conozcan lo que en la vida ocurre. Así pues, llegan al matrimonio ignorando en absoluto las cosas más elementales de la vida cotidiana. Con razón decía la dama de “Divorciémonos”. “el matrimonio que es para las mujeres la primera campaña, es para los hombres el cuartel de inválidos”. No educamos entre nosotros á la mujer para la vida real, en sus tempestades y sus combates constantes. Se la hace creer que la vida es un lecho de rosas y que el matrimonio es una cadena de flores siendo que cuando es cadena, lo que suele suceder, es á veces pesada por cierto.

La ventaja de las compañías de drama francés sobre las italianas es que como en estas últimas las niñas suelen entender algo, los papás se ven obligados á salirse á media representación, cosa que no ocurre con las que vienen de París, pues para muchos suele ser el francés lengua tan desconocida y misteriosa como el chino. De cuando en cuando algunas jóvenes miran á la mamá como preguntándole “¿ha llegado el momento de ruborizarse, mamá?”

Recuerdo haber visto cierto caballero que salía dignamente con toda su tribu después de una escena bastante escabrosa de una pieza de Bernstein, del francés, no de nuestro conocido y simpático amigo el corredor de comercio que obedece al nombre de Benjamín. El caballero en cuestión sólo emprendía la retirada cuando había pasado ya el momento crítico.

El invierno se ha marchado con su cortejo de hielos y de lluvias que dejaron caer lentamente sus lágrimas frías sobre la tierra. Sí, el invierno es triste, sobre todo para los pobres, para los que trabajan á la intemperie, los que carecen de las dulzuras del calor en habitaciones bien templadas. Los que más padecen son los pobres de levita, los que deben ocultar su miseria tras del polvo dorado de una situación social que no pueden mantener por falta de recursos. Ah! cuantas miserias íntimas se ocultan á los ojos de la gente y pasan desapercibidas por esos trigos de Dios. Todos luchan por el eterno aparecer, por darse trazas para mantener una situación de todo punto insostenible. La depreciación de la moneda, con salarios ligeramente aumentados, coloca á la masa considerable de personas que viven de su sueldo en condiciones casi absurdas. Por una parte suben los alquileres de las casas, como es lógico toda vez que ha subido el jornal de los obreros encargados de cons-

truirlas y que la población incesantemente aumenta. Con esto se complican todos los problemas de la vida social, el matrimonio se convierte en el más serio de los problemas imaginables. Y si á esto se agrega que el precio de los artículos de primera necesidad ha encarecido de manera extraordinaria y que los impuestos aduaneros tienden á encarecer todavía más las mercaderías, uno comprende que cada día se hace más difícil el mantenimiento de la vida. Es de concebir la situación de aquellos que viven de rentas limitadas.

Y mientras presenciamos semejante espectáculo en las clases sociales que podrían llamarse medias, vemos en la alta sociedad una verdadera fiebre de diversiones y de paseos, carreras, teatros, bailes y fiestas de todo género. Para los unos es el invierno la estación de los apuros, de la carestía excepcional de los alimentos, del frío, en tanto que para los otros es la de los salones iluminados, de las comidas, de los bailes alegres, del despertar social, la estación en que se conciertan los matrimonios y se armonizan los futuros intereses sociales. Tolstoy, en su famoso libro “La Sonata de Kreutzer” ha pintado esa verdadera feria de vanidades en la cual los hombres se lanzan á escoger la futura compañera de su vida. Todo es falso y convencional en aquellos salones: las mujeres y los hombres tratan de engañarse mutuamente con una amabilidad fingida, con una gracia artificial, obra del momento. Es un engaño inconsciente, que comienza por el traje y se extiende hasta las maneras. El joven incauto no concibe cuán distinta es la mujer amada de lo que aparentemente se imagina; de seguro que no la verá en la intimidad como ahora la contempla, ni tendrá el traje de color de rosa ó blanco, ni sus cabellos estarán rizados, ni caerán sobre sus frentes las ondas que le procuran un aspecto encantador y risueño. El hombre, en cambio, no será tampoco el ser delicado que la muchacha se imagina; las tareas materiales y prosaicas de la vida arrugarán su frente, llenándole de preocupaciones prematuras; borrarán la sonrisa de su rostro y proyectarán su sombra sobre el risueño paisaje que los novios se forjaron. Los acordes de un vals pusieron su nota de poesía inefable sobre aquel momento de amor soñado que la realidad habrá de convertir en algo infinitamente cruel. Y un día ambos notarán que se han engañado mutuamente, acaso sin saberlo; será ese el día de las desilusiones inevitables y trágicas. Los acordes de un violín fueron los cómplices y el inevitable resultado un equívoco de esos que suelen durar la vida entera, terminados en un bostezo.

El mes de Septiembre nos trae las rayos de sol que sean benditos. Los árboles comenzarán á darnos sus brotes, las ramas sus renuevos, y un ambiente de resurrección aparecerá de súbito en la naturaleza entera.

Cuando el cielo está azul y la naturaleza reverdece uno llega á preguntarse si acaso la vida tendrá siempre como ella una nueva primavera, si pasarán los dolores que suelen abrumarnos con su negro manto, si se borrarán esas negras caricias de la muerte que nos hunden las garras en el pecho y nos tocan lo más íntimo y lo más querido.

La primavera nos enseña la esperanza, nos da la santa lección de la vida con su resurrección, nos enseña á resignarnos, nos da fuerzas para llevar nuestra cruz en este valle de lágrimas en el cual estamos condenados á vivir transitoriamente. La vida suele tener horas amargas pero tiene también sus horas de Primavera.

# Don BENJAMIN VICUÑA SUBERCASEAUX



ERA uno de los espíritus más nobles y más bellos que ha producido la tierra de Chile. Hijo de un grande escritor; acaso del escritor más grande que ha existido entre nosotros, tenía sobre sus hombros una pesadísima herencia, y supo llevarla con honor al través de la vida. Se trataba de una herencia de alma, con tradiciones de sentimientos excepcionalmente levantados y puros. En don Benjamín Vicuña Mackenna, tanto ó más que su talento valía su corazón, henchido de comprensión humana en el cual hallaban cabida todos los dolores y sentimientos ajenos; tenía una de esas almas en las cuales hallaban resonancia y eco las emociones de todos, por humildes y pequeños que fueran. Tal vez la gloria del gran don Benjamín nació entre los humildes, entre los desheredados, entre los que han tenido hambre y sed de justicia.

Su hijo había heredado esos mismos sentimientos de comprensión muy honda de las desgracias y emociones ajenas, asimilándoselas y haciéndolas suyas. De aquí nació la irradiación poderosa de simpatía que sabía despertar entre cuantos lo conocían. Era el mismo espíritu eminentemente democrático del padre que renacía en el hijo. Muchos jóvenes escritores encontraron en su hogar la mano cariñosa que les abrió los primeros senderos de la vida. Nunca conoció el sentimiento de orgullo, propio de espíritus pequeños, tan frecuente en los que al comenzar de la vida reciben como herencia un nombre ilustre acompañado de una fortuna considerable. Tuvo el noble anhelo de valer por sí mismo, de elevarse á las supremas alturas del arte por su propio y exclusivo esfuerzo. Las tradiciones y el nombre de familia sólo le servían de estímulo para obrar noblemente, nó para mirar en menos á los jóvenes pobres y desvalidos que comenzaban con él la carrera de las letras.

La gloria es para ciertos espíritus, el más noble de los ideales de la vida—se parece á los primeros rayos del sol naciente—según la hermosa frase de Pascal. Los atrae con irresistibles fascinaciones, como atraen las sirenas á los viajeros en las profundidades de la mar, con los encantos de una voz desconocida que lleva dentro de sí á lo imposible.

Ese niño, hijo de un hombre ilustre, sintió en lo íntimo la voz misteriosa que le llamaba por los caminos de la gloria, y sin pararse á meditar en más, siguió el camino desconocido que le conducía por esas nuevas rutas. Ignoraba cuántas amarguras esperan á cuántos creen en la gloria y corren en su busca, las mezquinas envidias, las rivalidades escondi-

das tras de cada vericuetto del camino, los odios formidables de cuantos se precian de literatos, la amargura de las alabanzas envenenadas y de los ataques inmerecidos. Tenía un alma grande, superior á todas las miserias, acorazada contra todas las heridas. Y se lanzó á la lucha, seguro de sí mismo y del triunfo definitivo que corona la carrera de cuantos creen, con el filósofo, que “el genio no es sino una paciencia continuada”.

La condición relevante de su alma era el carácter, un carácter de acero que jamás se amedrentaba por cosa alguna de las que de ordinario ponen espanto en los espíritus valientes. Por eso entró de lleno á las filas del más avanzado de los partidos chilenos, á pesar de pertenecer á una familia esencialmente conservadora y creyente; por eso se dedicó á las letras, sabiendo que nada producen en Chile y que sólo son modos de vivir, que nó dan de vivir. Se creía rico; un día despertó sabiendo que ya era pobre, y entonces, sin vacilación alguna, se dedicó á ganarse el pan de cada día con la misma alegría franca y espontánea de sus tiempos de grandeza. En esos instantes se reveló lo más bello de su alma, la superioridad moral más absoluta, el estoicismo de los grandes tiempos de Roma, cuando los hombres eran superiores á la vida, porque estaban por encima del dolor y de la miseria humana. El joven aristócrata habituado al derroche del dinero pasó entonando una canción alegre al duro trabajo de los obreros de la prensa en Chile. Y lo que para otros acaso hubiera sido una desgracia se convirtió para él en verdadera fortuna: se labró el pedestal de su talento, se dió á conocer brillantemente en el mundo de las letras nacionales como escritor de los más altos vuelos, se formó un nombre propio. Sus numerosos libros señalaban un progreso evidente y constante en el instrumento del es-

tilo y de la composición literaria, y como tenía la materia prima, un espíritu exquisito de escritor junto con el sentimiento delicado del arte, comenzaba á diseñar vigorosamente su personalidad en el momento en que la muerte se lo lleva.

Muere muy joven,—como de ordinario mueren aquello á quienes los dioses prefieren—y deja, sin embargo, una labor ya considerable.

“Selecta”, en cuyas páginas se publicaron algunos de esos más bellos artículos, le manda el último saludo y lo inscribe en esas páginas íntimas de corazón que brillan luminosas en las horas tristes de la vida.

F. R.



# Las Obras Maestras de la Pintura de 1400 a 1800

(Continuación)

*Andrea del Sarto*, nació y murió en Florencia (1486-1563). Es uno de los más grandes maestros de la escuela toscana y seguramente el más grande de este último período de esplendor. Estudió las obras de sus antecesores, sin asimismo *Rafael Sanzio ó Rafael Santi da Urbino*, Urbino es su ciudad natal (1473); tomó sus primeras lecciones de pintura de su padre, un pintor de mérito, pero el que verdaderamente fué su maestro es *Perugino* y el estudio de sus precursores *da*



DETALLE DEL CUADRO DE LA VIRGEN DEL ARPA

ANDREA DEL SARTA

larse ni á uno ni á otro. Da á sus personajes una vida intensa y muy individual; sus figuras contemplan al mundo al través de un prisma de visión y éxtasis. Quien sabe si del Sarto es más pintor que sus antecesores florentinos; combina sus claros y oscuros con la más opulenta armonía de colorido; su arte posee siempre la nobleza y pureza antigua, pero de una manera más rejuvenecida y familiarizada.

El tercero de los más grandes maestros italianos es *Ra-*

*Vinci y Miguel Angel*. En 1508 fué llamado á Roma por Julio II donde ejecutó numerosas obras, tanto para este pontífice como para su sucesor, el gran protector de las artes, León X. Pasó casi toda su vida en la ciudad Eterna y murió en ella el año 1520. A él se le debe la decoración de cuatro grandes salas de una loggia y otros cuartos del Vaticano. Dejó una serie de cartones destinados á tapicerías religiosas. Decoró la villa de la familia Chigi; y por fin

pintó un gran número de cuadros por altares y varios retratos. Durante su vida fué el pintor más festejado y admirado que se conoce; después de sus días, su gloria y prestigio se han mantenido á través de los siglos.

El arte de Rafael es seguramente menos original que el de sus dos ilustres émulos, y en sus primeras obras se ve

ra del cuerpo humano unido á la nobleza del alma, el dibujador impecable, el colorista sin disonancias; sus niños fueron engendrados por los hombres, pero metamorfoseados por el arte en ángeles; sus santas son las mortales más encantadoras, pero el esplendor de sus almas las coloca muy por encima de las regiones terrestres; pintó las criaturas más



LA VIRGEN LLAMADA DEL POZO

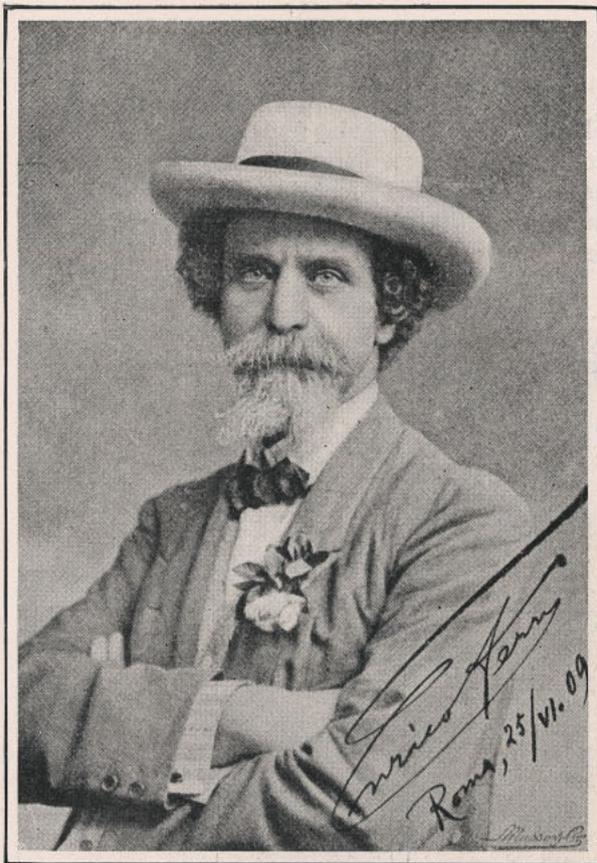
RAFAEL

claramente la influencia de ellos y llega aún á imitarlos. En cuanto á sus obras ejecutadas á la madurez, ellas revelan que vino después de Vinci y Miguel Angel, pero manifiesta unas facultades personales tan elevadas que no se piensa en despreciar sus obras por haberse inspirado en ellos.

Durante su corta existencia produjo innumerables obras maestras y de género completamente opuesto las unas de las otras. Fué el adorador más ferviente de la hermosu-

ras como si hubiera sido él el creador de la inocencia y candor, lo que no le impide llegar hasta la poesía, la más sublime, cuando se trata de evocar las grandes figuras del pasado y aún llega á inspirarse en la historia. Sus retratos son el espejo de la realidad, sus alegorías la encarnación de la idealidad. Su mano le obedece con tanta fidelidad á su pensamiento que su arte irreprochable parece un simple pasatiempo, ó más bien una emanación natural, como en la flor el perfume.

(Continuará)



ENRIQUE FERRI

# Un autógrafo interesante

Uno de los establecimientos públicos que más visitan los extranjeros distinguidos de paso en Santiago es la Biblioteca Nacional.

Los tesoros bibliográficos y los recuerdos históricos que ella encierra despiertan vivo interés en esos visitantes; y el

cuidado con que se han conservado completos, intactos y ordenados los archivos públicos y privados de toda especie, los documentos, los manuscritos y las colecciones de

periódicos, desde los tiempos más remotos de nuestra nacionalidad hasta nuestros días, les hablan más que muchos discursos sobre el espíritu de orden que caracteriza a nuestra raza y sobre la estabilidad de nuestras instituciones.

La dirección de la Biblioteca Nacional ha estimado que vale la pena conservar un recuerdo de esas visitas, ligándolas de un modo permanente a la tradición del establecimiento; y a ejemplo de lo que se hace en instituciones similares extranjeras, ha abierto un "Libro Aureo" en que se conservarán los autógrafos de los visitantes distinguidos por su actuación pública, literaria ó científica.

Abierto el libro en los días que siguieron al Centenario, tocó la feliz coincidencia de que fuera encabezado con un autógrafo del célebre sociólogo y criminalista Enrique Ferri y de su señora, Milla Ferri, autógrafo que hemos reproducido aquí por estimarlo de interés para nuestros lectores y porque encierra, en fórmula breve y concisa, su opinión respecto de nuestro país y de uno de sus principales centros de intelectualidad.

*Auguro al signor Carlos Silva Cruz, direttore  
d' questa Biblioteca nazionale, di realizzare il suo nobile e sapiente  
programma, per il quale questa Biblioteca continuerà ed aumenterà  
la sua funzione sociale d' educazione pubblica, irradiando la conoscenza  
delle verità scientifiche intorno al Tesoro di documenti storici che  
qui offrono a noi e fanno del Chile uno dei centri luminosi dell' America latina.  
Ogni individuo, come ogni popolo, sa più quanto sa.*

*Santiago, 5 ottobre 1910*

*Enrico Ferri  
Milla Ferri*

Auguro al señor Carlos Silva Cruz, director de esta Biblioteca Nacional, la realización de su noble y sabio programa, por el cual esta Biblioteca continuará y aumentará su función social de educación pública, irradiando el conocimiento de las verdades científicas alrededor del tesoro de documentos históricos que aquí existen y que hacen de Chile uno de los centros luminosos de la América Latina.

Los individuos como los pueblos, pueden tanto cuanto saben.  
Santiago, 5 de Octubre 1910.

ENRIQUE FERRI  
MILLA FERRI

# EN MARRUECOS

RABAT, LA INACCESIBLE.



ABAT! Rabat!... nombre siniestro que hace enmudecer á los moros del Tánger y cuyo recuerdo está envuelto en sombríos misterios! A pesar de los terribles pronósticos de todas nuestras relaciones, decidimos, con nuestro amigo Smorens, el artista, y su esposa, visitar el famoso puerto inaccesible. Al

tranquilo que de costumbre y dialogaba vivamente con otro señor.

Esperamos.

Nuestro hombre volvióse hacia mí y, bruscamente, me dijo, que el vapor alemán no podía llevarnos, porque el capitán le tenía miedo á la barra, que allí se habían ahogado muchas personas, y acababa de naufragar un magnífico vapor de la Compañía Inglesa, no sé cuando... ¡Vuelta al

hacer nuestras visitas de despedida, cada cual se creyó en el deber de contarnos algo espantoso y vaticinarnos el más desgraciado fin.

Un diplomático nos aseguró que había visto salir una partida de turistas... pero que no los había visto volver nunca... ni llegar á Rabat...

La señorita Gilderston exclamó con un gesto de pavor:

—¡Van Uds. al país más mortífero del mundo!

Sólo una voz de aliento escuchamos, la de la señora T... que nos animaba á desafiar todos los peligros para atisbar, tras las celosías, los ojos negros, brillantes y apasionados de las moras.

Mientras tanto, esperábamos con impaciencia el vapor alemán que debía conducirnos á Rabat y cada día íbamos á ver al agente, quitarse la pipa de la boca y decir con acento imperturbable:

—Mañana.

Entretanto, habíamos enfermado el guía que tomáramos y hubimos de aceptar á otro, llamado de Shereef, aunque tenía tan mala fama como la misma Rabat. Por fin, una mañana se presentó al hotel nuestro criado Mahomed, el de los ojos dormidos, y nos anunció que había llegado el famoso vapor. Momentos después salíamos en una ridícula procesión de asnos con bultos rotulados, que encabezaban el artista y su esposa. Smorens llevaba empaquetado su sala de trabajo á fin de tomar bocetos de paisajes y escenas morunas.

En el muelle, el agente alemán estaba un poco menos



UNA NIÑA MORA

hotel con los asnos cargados y las *tolletes* de viaje!

Decididamente, empezábamos á sufrir la *jettatura* de Rabat. Pero la pequeña caravana era porfiada y dos días después pudimos embarcarnos los tres, con baules y bultos, en el vapor "Gaul".

Aquella noche, al zarpar del puerto, contemplando la ciudad cuajada de luces... no pudimos menos de lanzarle una última mirada de tristeza y temor...

¿Volveríamos á verla?



La señora Smorens me pasó los anteojos maravillada.

—Mire Ud!

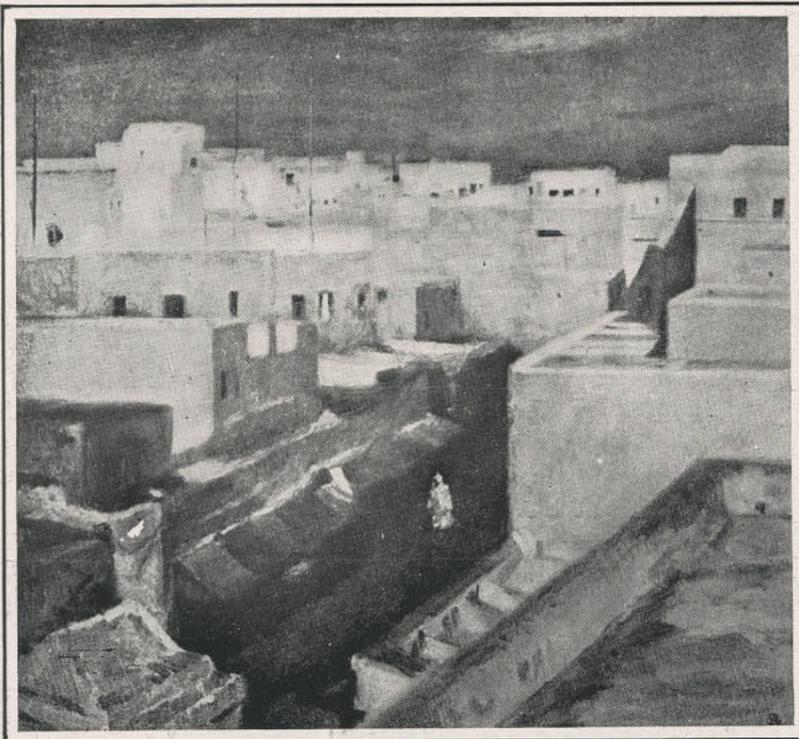
Un pequeño puerto veíase recostado sobre una suave falda y más lejos, sobre enormes rocas, se levantaban, murallas almenadas, que hería el sol de la tarde, pintándolas de vivos colores.

Era Arzila, asiento del famoso Raisuli, hoy reformado y amigo del Sultán. La navegación continuó feliz y tranquila hasta arrojar anclas enfrente á Rabat. El capitán decía que la barra estaba "no muy mala"; pero prefirió que la pa-

sáramos en galeras. Por fin, vimos aparecer dos de estas remolcadas por una pequeña lanchita á vapor.

Smorens estaba encantada de cruzar la barra de aquel modo; pero en cuanto á mí, declaré que preferiría un vaporcillo manejado por un solo blanco á aquellos enormes armatostes empujados por centenares de moros.

Corrió antes, por el vapor, una cierta historieta de Luzón; una pasada de barra en que los remeros se equivocaron



Vista de Rabat en noche de luna llena

ron, la embarcación naufragó y se ahogaron todos. Yo no sé quién sería el encargado de soplarla á todos los oídos; pero es el caso que cada cual la sabía, callaba, procuraba disimular y no hacía otra cosa que tenerla presente. Felizmente, tuvimos más suerte que aquellos desgraciados y arribamos á tierra sin avería considerable.

Debo confesar que el aspecto de la ciudad no dispó en nada nuestras prevenciones.

Rocas enormes recibían el azote de las olas y se elevaban duras y amenazantes á cada lado.

Por todas partes cruzaban rostros viles, de expresión torva y desconfiada, unos picados de viruelas, otros sin nariz, deformados por horribles enfermedades. Todos callaban; nadie nos ofrecía sus servicios y al verlos huír en silencio, con sus caras sospechosas, hubiérase dicho que tramaban alguna conjuración contra nosotros. Aquel silencio que tenía mucho de sepulcral, era turbado sólo por la voz gangosa y lenta de algún sacerdote que, desde lo alto de la mezquita, proclamaba á los cuatro vientos que Allah ¡era grande, grande!



El buen Shereef, que al último resultó bueno, sin ironía, aseguraba haber numerosos hoteles, pero á medida que nos los iba mostrando, íbamos viendo que eran sólo miserables casuchas con unos cuantos camellos echados á la puerta.

Decidimos, pues, aprovecharnos de una recomendación que llevábamos para el doctor Lanery y tuvimos la más favorable acogida. Exteriormente, el doctor parecía muy influido por las costumbres y el clima.

Sus modales son lánguidos, fuma keef y viste extravagantemente; pero, y aquí no tuvo límites nuestra alegría, pronto vimos aparecer un criado, moro por cierto, llevando en una legítima bandeja inglesa el tradicional "tea", con cakes y tostadas. Sirviéronos además diversos manjares y luego se puso á instruirnos sobre la ciudad. Nos dijo que escogieramos un

Hotel Español bastante bueno; y sin tardanza pusimos en práctica su consejo. Efectivamente, no era aquello tan malo; pero hasta Chipp, el gatito de la señora Smorens, pasó la noche desvelado, maullando con nostalgia.

Al día siguiente tuvimos el inesperado y vivísimo placer de recibir la visita de nuestro amigo Lee, el cual fué nuestro ángel bueno durante la excursión. Venía con un mensaje del Vice-Cónsul inglés en que nos ofrecía habitaciones. ¡Miel sobre hojuelas! Aceptamos al instante y volvimos á mover nuestros ligeros equipajes.

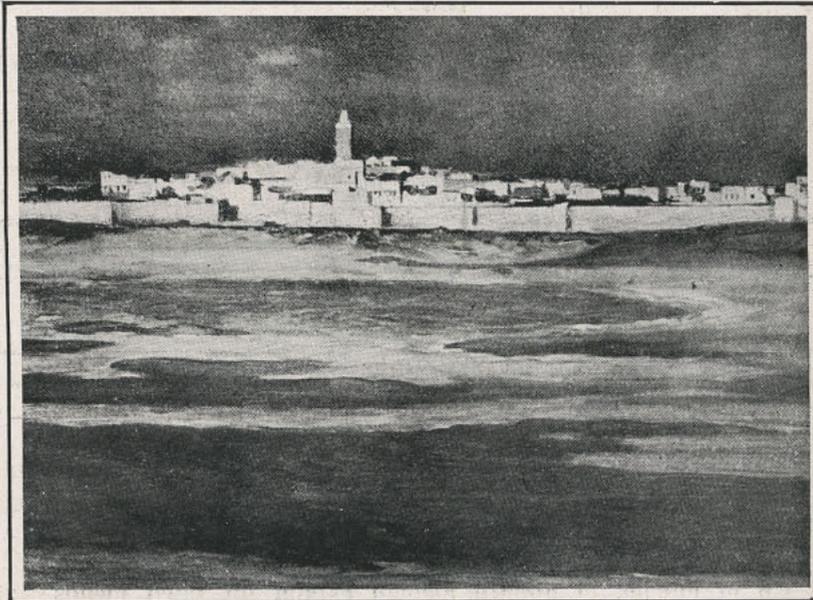
Después de no pocos trámites y ayudados por la influencia del Vice-Cónsul, conseguimos una audiencia del Gobernador, y al efecto, nos vestimos de toda la etiqueta posible en aquella situación y nos encaminamos á palacio. Después de cruzar muchas torcidas y estrechas callejuelas, Shereef nos detuvo ante el edificio que habitaba el Gobernador. Muchos hombres agachados, afirmados en la pared, nos miraron entrar con la más suprema indiferencia. Shereef nos dijo que eran soldados que montaban la guardia. El jefe de ellos comunicó nuestra llegada al Gobernador y fuimos introducidos á una vasta é imponente sala, en cuyo fondo se veía al mandatario, sobre un cojín, con las piernas cruzadas. Nos ofrecieron ceremoniosamente otros

cojines, de riquísima seda, y Shereef le presentó la carta que traíamos del Basha de Tánger. Parece que el Gobernador se preocupó bastante poco de la solemne misiva, pues durante toda su lectura no hizo sino levantar la vista y dirigirla rápidas ojeadas á la señora Smorens. La señora Smorens, tiene el pelo como el oro y la tez como la nieve y estas comparaciones, tan viejas y usadas en Europa, resultan de un atractivo y novedad maravillosos cuando se visita el Africa. Así, pues, el pintor se apresuró á pedir permiso para visitar el palacio; lo cual hicimos, aunque no sin que nos acompañara el sobrino del Gobernador, un gallardo y disoluto mancebo que llevaba con gracia su gorro turco, algo ladeado. Soberbio era el palacio. El piso de la sala en que nos encontrábamos era de una porcelana azul, purísima y muy resistente y el techo estaba cubierto por un género de cristal en extremo valioso.

En las paredes muchos relojes andando y todos mal. Pero lo más inte-



La puerta del Harem



La puesta de sol



Torre de Hassan

resante se lo llevó la señora Smorens. Estábamos bebiendo un extraño líquido oriental, entre ponche y té, cuando un criado entró silenciosamente. Allí todos los sirvientes andaban como si temieran ser sentidos. Acercóse al jefe, díjole algo al oído, éste se lo comunicó á otro y por fin uno al sobrino, quien volvióse hacia la esposa del pintor y le dijo.

—En el harem esperan con impaciencia á la señora.

Dice que la condujeron por un laberín-

tico pazadizo hasta un gran patio claro y perfumado; que allí la recibió un esclavo y haciéndola atravesar una gran sala subterránea, subió al fin una escalerilla y se encontró ante las puertas del harem.

Dos ennuos la introdujeron y estuvo varios instantes charlando con las señoras. Se mostraban maravilladas de su pelo rubio ¡como el oro! y le preguntaban por qué no se teñía los ojos con el kohl que los agranda y ensombrece.

Aprovechando la hora del fresco, todas las mañanas salíamos con Lee á recorrer la ciudad en fogosos caballos marroquíes.

Rabat es una ciudad pequeña, estrechada entre calles angostas y sucias. Sólo hay dos avenidas grandes, una en donde está el bazar y las dos primeras mezquitas y la otra que principia en Kahbah y pasa por las barracas de los franceses.

Los edificios que más llaman la atención son los dos palacios del Sultán, el de Invierno y el de Verano, generalmente inhabitados en todas las estaciones, y la torre de Tarik, hermana de la Giralda sevillana.

Dos murallas circundan la ciudad, la interior y la grande exterior; y lo que queda entre ambas, está poblado de hermosos jardines y naranjales. Existen allí pabellones de recreo á donde van las hermosas del harem, cuidadosamente tapadas, para hacer las delicias de los moros, que dejan transcurrir las horas tranquilas y lánguidas.

Lee era inglés y aunque hecho prisionero y bastante maltratado por los marroquíes, habíase naturalizado en el país, decía que Allah era

¡grande, grande! . . . y ponderaba entusiastamente las delicias y virtudes de los moriscos. No discutíamos. Cuando insinuaba alguna idea que le era desagradable, sonreíase con una gran paz, guardaba silencio y tinuaba fumando su keef. Para él, la verdad de la vida consistía en poner acorde el ritmo de la vida con las palpitaciones de la Naturaleza y aseguraba escuchar las voces del silencio, los consejos misteriosos que dan la brisa de la tarde y el canto de

los pájaros. Por lo demás, era inútil rebelarse, inútil pretender contrariar el destino, pues cuanto ha sucedido, sucede y sucederá, está eternamente y armoniosamente ordenado por Allah.

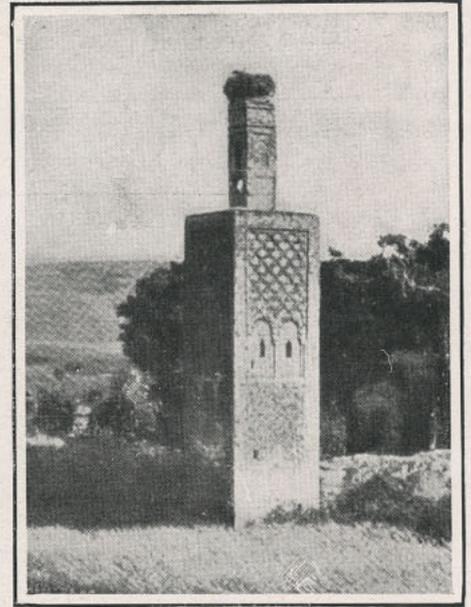
A la semana siguiente, nuestro amigo nos invitó á comer á su casa y después de conocer á su esposa, Lalah-Támo, y probar los delicados manjares que su mano condimentaba, hube de confesarle que, si no en sus teorías, acompañábalo de todo corazón en su amor por el hogar morisco.



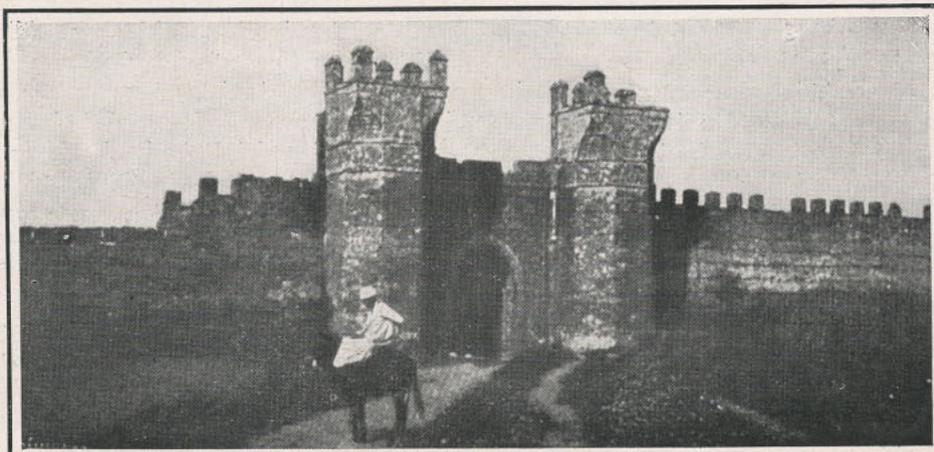
Lee quiso despedirnos con un extraño banquete, completamente oriental. Estuvieron el Cónsul inglés, el príncipe árabe Lipocombe, y nosotros tres, la señora Smorens perfectamente vestida y pintada de marroquí. Al modo oriental, hubimos de comer con los dedos, que nos fué para nosotros fácil tarea. Y luego de terminadas las muchas y variadas viandas, entraron los esclavos de Lalah-Támo trayendo jarrones de alabastro con agua de rosas para las manos. Mujeres de ojos sombreados y ardientes tañían con dulzura el instrumento del país, la suavísima "gimbri". Recostado en el mullido cogín de seda, entrecerré los ojos y con el pensamiento volé á mi país, á la afebrada Londres y comparando aquellas dos civilizaciones tan diversas, sumíme en un delicioso sopor, mientras, como una flor sobre el agua, en la penumbra de mi cerebro sobrenadaba este último pensamiento. "El Oriente es la tierra mejor para dormir, para soñar..... y para morir! . . .



El tocador de gimbri



Mezquita de Sidi Jahiah



Ruinas de Chi-la, cerca de Rabat

SIDNEY ADAMSON

# LOS "SALONES" DE 1911

EL DE LA SOCIEDAD NACIONAL



DIA DE ESTIO

A. ROLL



LOS artistas franceses y los extranjeros radicados en París,—por ser este el muestrario ante el cual desfila el mundo entero,—aprovechan los meses de Mayo y Junio para exhibir su vasta y brillante labor,—la cosecha artística del año. Mayo y Junio son los meses de la "saison" parisiense, meses de primavera

que los visitantes extranjeros prefieren y durante los cuales acuden en número fabuloso. La cosecha artística del año se presenta en diversas exposiciones, y otras exposiciones se organizan para adornar la "saison", aunque no sean de cuadros nuevos. De este modo tuvimos este año la admirable Exposición de los Grandes y Pequeños maestros holandeses, de lo que, más adelante, no podré prescindir aunque sean estas crónicas destinadas á la producción del año, á los salones de 1911.

Había en París (creo haberlo referido en crónicas de otros años) un Salón de Bellas Artes. Duró hasta 1889. Ese año,—memorable en la historia de la cultura francesa, el año de la Exposición,—reventó el descontento que de tiempo atrás se hacía sentir entre los artistas. En señal de protesta en contra del jurado, Puvís de Chavannes Carrière, Messonier, Carolos Durand, Roll, y otros pintores eminentes, resolvieron no volver al salón oficial, crearse un salón para ellos y para todos los que, como ellos, estuviesen aburridos de los procedimientos y del espíritu estrecho del salón antiguo. Fundaron la Sociedad Nacional de Bellas Artes, la cual desde entonces abre cada año su salón al lado del salón oficial, (llamado también de los Artistas Franceses), en oposición á este y como un desafío.

La Sociedad Nacional tiene ya una historia gloriosa, fecunda, y su influencia ha sido enorme en la evolución del

arte. Desde luego su Salón contó tantos exponentes como el Salón Oficial, y aún con más, pues acogía á los jóvenes y á los extranjeros, á los que el Salón Oficial presentaba resistencia. Este año el Salón de la Sociedad Nacional ofrece 2,572 obras. El de los Artistas Franceses lo aventaja este año (por razón de algo que más adelante veremos) pues presenta 3,908. Otro Salón, de nuevo cuño, el de los Independientes, que se abre en Otoño, mostrará, se dice, no menos de 2,000 obras. Se publica que del Salón Oficial y de la Sociedad Nacional las obras rechazadas pasan de 5,000. Lo que arroja un total de 13,500 obras de arte producidas en París, en un año. Es estupendo! Es, casi, digamos, la semilla total del genio artístico de los hombres, en toda su variedad, la que se siembra en silencio, con esfuerzo, con alegría y dolor, en el Barrio Latino, en esa colina de Santa Genoveva á la que el genio se trasladó en el vuelo de las águilas romanas desde las colinas del Latium á donde había llegado en los remos de las galeras helénicas. Y florece cada primavera en estas incomparables exposiciones del Gran Palais.

Porque ambos salones rivales,—el de la Sociedad Nacional y el de los Artistas,—se reúnen en el mismo Gran Palacio de los Campos Elíseos, el de los Artistas, el Oficial, en la parte céntrica del Palacio donde se accede por la Avenida Alejandro III: el de la Sociedad Nacional, el rebelde, se tiene en los departamentos que corresponden á la Avenida Antin. Y forman juntos la más selecta y deleitosa atracción de París en estos meses de Mayo y Junio, en los cuales, sin embargo, la "Ciudad de las Ciudades" luce todas sus maravillas. Es que nada hay, como la pintura, más característico de la índole rara y preciosa del genio humano. Es la naturaleza ordenada, interpretada, recreada, por el temperamento de los artistas, de modo que sus bellezas nos aparecen con mayor elocuencia y realce, y con la poesía del sentimien-

to,—el divino sentimiento que sólo el hombre posee. Si sólo por estos Salones se viniera á París de los más lejanos puntos del globo, lo comprendería. Pero, á París, no sólo se viene por ver y sentir la creación del arte. Hay quienes, en la vorágine de una vida material pecaminosa y brillante, ni siquiera saben qué tesoro encierra el Gran Palacio. Cuando pasan, los vividores, apurados por los Campos Elíseos, hácia las carreras ó hácia los banquetes de los restaurantes del Bosque, no se fijan en las grandes y elegantes banderas, suspendidas en astas como los antiguos oriflomas de Venecia, que anuncian las exposiciones de Gran Palais. A esos, ajenos al arte, no debiera llamárseles "vividores", como se les llama comunmente, pues sólo viven á la faz material de la existencia, la menos profunda, la menos emocionante, la menos noble; no conocen las exaltaciones internas,—la verdadera vida que dice Maeterlinck.

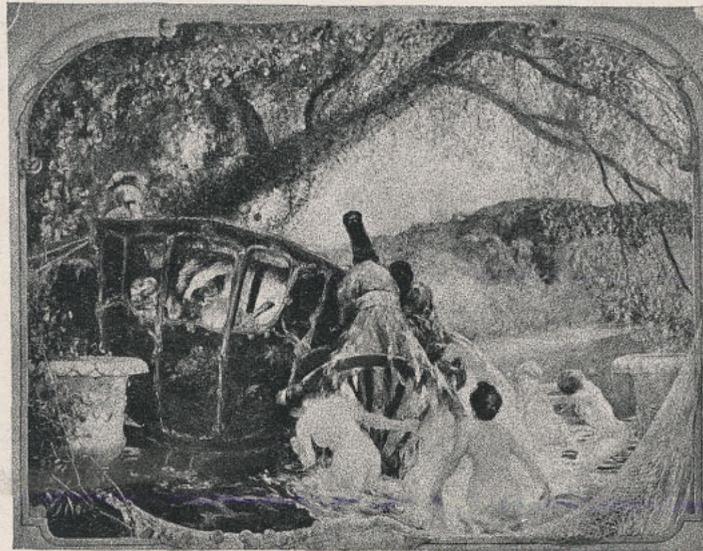
La Sociedad Nacional se anticipa á la Sociedad de los Artistas; los revolucionarios se apresuran como si desearan apoderarse del alma del público antes que el Salón Oficial le eche encima la cadena de la tradición. El 1.º de Mayo se abren las puertas de la Avenida Antin. Ahí están los maestros desidentes de 1889, los jóvenes, es decir los espíritus libres, los que creen que en arte, como en todo, debe vivirse en perpetua renovación. Suenan nombres de artistas muy personales y atrevidos, como La Touche, Boldini, Cottet, Aman-Jean; suena el nombre magistral y pavoroso de Augusto Rodin,—un Miguel Angel moderno enloquecido, genialmente enloquecido, por el ideal simbólico; y nombres extranjeros,—Lambert (inglés), Fox (australiano), Dedina (austriaco), Castelucho y Rusiñol (españoles). Se esperan de este Salón, novedades, audacias, emociones, polémicas, escándalos. Se recuerda que fueron de este Salón aquellas cumbres del arte moderno que se llama-

ron Puvis de Chavannes, Dalón, Cazin, Whistler, Burne-Jones, Carrière y otros. Por esto y por aquello tiene el público parisiense,—público universal,—más curiosidad por el Salón de la Sociedad Nacional, y acude á él en mayor número y con más simpatías que al Salón Oficial. Todo lo "oficial", lo académico, lo establecido y tradicional, gusta menos á esta sociedad de hoy, penetrada de instintos revolucionarios, sedienta de cosas nuevas. Fuí de los primeros en acudir á la

Avenida Antin. Tengo la fortuna de sentir el arte profundamente; los espectáculos que procuro forman para mí, talvez, el principal encanto de la vida, algo de lo que hace que la vida valga la pena de ser vivida. Si llego á Europa, cada vez, con la misma alegría é interés, es por sus obras de arte antiguo,—en las que nunca dejamos de encontrar algo nuevo,—y por su rica y profusa producción moderna. No iba á perder la dichosa ocasión de encontrarme, otra vez, en París durante los Salones...

Desde luego, veo y me atrae una obra que, aunque no fuera de valor artístico, me atraería, así como á todo americano del

sur (y principalmente chileno), despertándonos el corazón con el recuerdo de un hombre que es gloria del génio y de la virtud: el gran retrato alegórico del general San Martín, encargado al pintor Roll por el Gobierno de Francia para obsequiarlo á la República Argentina, una vez traducido en gobelino. Ocupa, el cuadro, la testera del fondo de una sala en que hay exquisitos retratos de La Gandara,—mujeres de tez brillante sobre fondo obscuro,—y una série de estudios muy originales, que han gustado en París, del pintor australiano Philipps Fox. Dejo todo eso y me hundo en la otomana de terciopelo rojo (en el centro de cada sala hay un sofá redondo) en la única contemplación del cuadro de Roll. San Martín está evocado, no en un retrato real, ó psicológico, de su personalidad, pero sí,—como es de rigor para



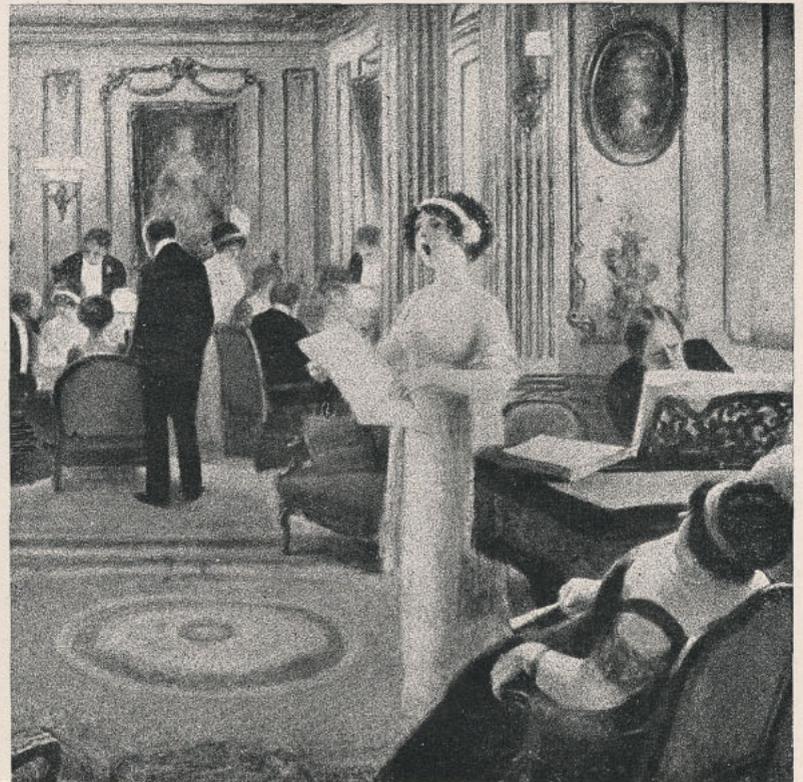
EL VADO

G. LA TOUCHE



MADRE E HIJOS

R. WOOG



UNA HORA DE MUSICA

A. GUILLAUME

obras alegóricas—en la efigie de un guerrero exaltado y deslumbrante Monta un potro fogoso de un extraño pelo gris y de amplias crines rojizas (son los colores calculados para el efecto del gobelino, que será la forma definitiva de esta obra de arte). Las gargantas de los Andes se ven en el fondo,—en la misma nota simbólica,— llenas de las sombras de oficiales y soldados que siguieron al héroe en sus campañas épicas de Chile y del Perú. Es San Martín en el paso de los Andes. Arriba, semi-borrados en las nubes de un cielo de epopeya, dos



PLAFOND PARA EL TEATRO FRANCES

A. BESNARD

ángeles asoman, emblemas de la libertad y del génio, blandiendo el uno una espada, el otro ofreciendo una corona. El todo envuelto en un marco de estilo clásico, con el escudo argentino y los atributos de la felicidad de un pueblo. En suma, una obra admirable en la que Roll ha sabido poner esa belleza amplia y poderosa, que fué el secreto del Renacimiento (de Rafael, Veronese y Rubens), y la cual es indispensable en las dimensiones y los efectos de las tapicerías.

Luego me atraen las obras decorativas, el gran *panneau* grave y noble visión de la naturaleza, sirviéndole de fondo á un emblema del trabajo hecho de manera simple y sugestiva: grandes bueyes blancos arrastran un arado que dirige un muchacho lleno de pensamiento, en una atmósfera límpida, en un ritmo dulce y á la vez poderoso que recuerda las formas antiguas.

En seguida, la alegoría, ejecutada á la manera atlética de los frescos de la capilla Sixtina, por Besnard para servir de plafon en la Comedia Francesa. Al pié de los penates del templo, al pié de Corneille, Racine y Molière, la batalla simbólica del bien y del mal, el duelo inexorable de los sexos, las pasiones trágicas ó dulces del amor; y, arriba, en el cielo, las figuras volátiles del Sentimiento, la Gloria y la Alegría.

Formándole contraste á estos *plafons* y *paneaux*, de elevada y simbólica elocuencia, como conviene á los monumentos públicos á que se destinan, encontramos las fantasistas y evocadoras decoraciones La Touche, pintadas para adorno de algún hotel particular ó de algún sitio de placer. Los

*panneau* de La Touche, de dibujo liviano, de armonía clara, representan la carroza del amor y las diversas horas de la felicidad. Son composiciones en extremo libres y fantásticas. La Touche es el prototipo del pintor parisiense, de alma irreverente y bromista, á la vez que delicada y sentimental; un cínico moderado, como esos deliciosos "humoristas" que en este momento mismo celebran su exposición en la calle Ville-l'Évêque. Así nos da un emblema del amor tan nuevo y tan espiritual! Dos muchachas bonitas del siglo XVIII,—el siglo del Amor,—en una carroza carmesí, con caballos negros, atravesando un riachuelo, uno de esos cursos umbrosos por cuyas ondas Watteau lanzaba sus parejas de amantes hacia las islas del placer y del dolor... La Touche, parisiense de hoy día, burlón, incoherente, Gavroche, en una palabra, no deja de sentir como Watteau, la lánguida tristeza de un sensualismo refinado.

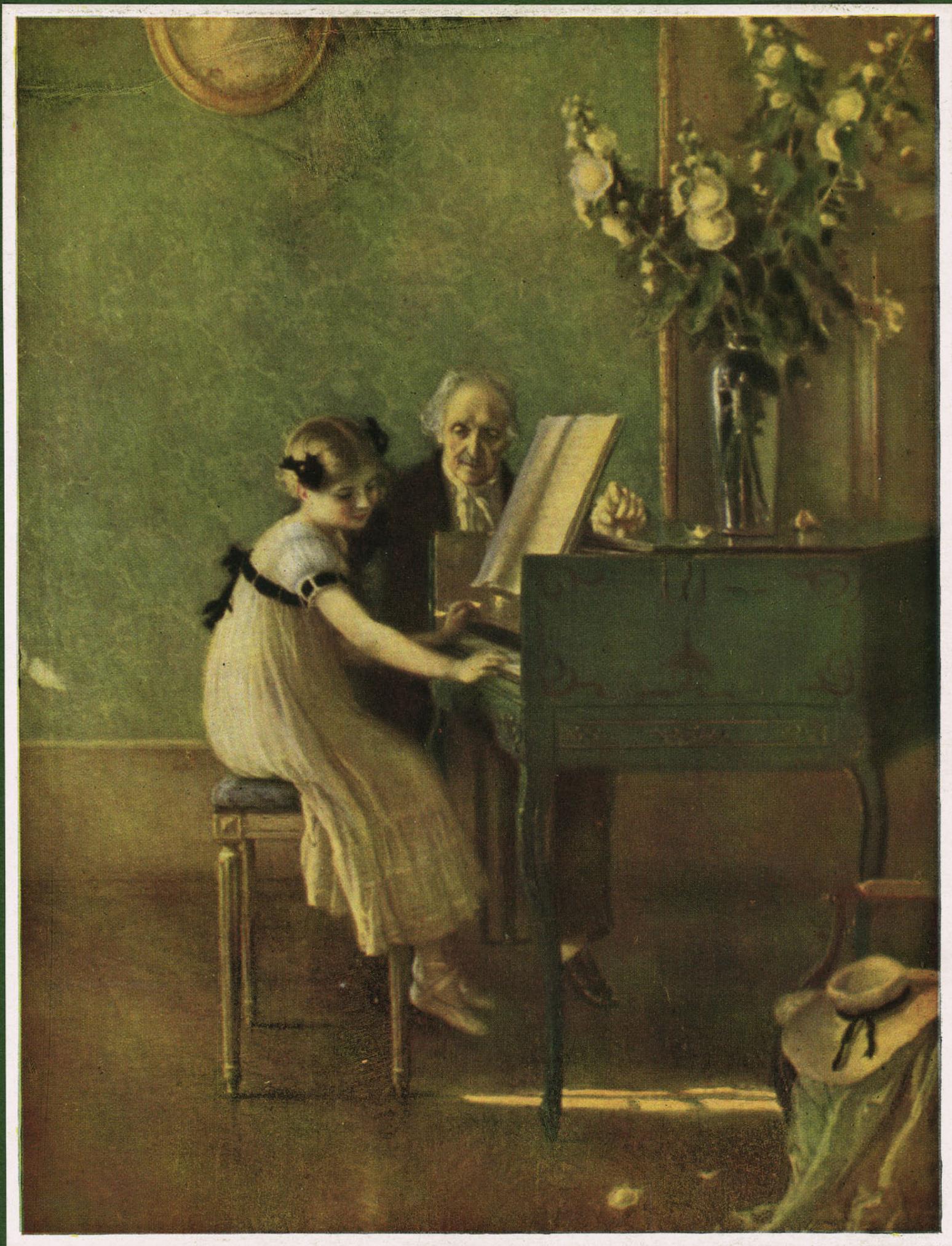
No es muy rico en retratos, este año, el Salón de la Nacional, ni están en este género sus obras más sobresalientes. Al menos, ninguno de los pintores nuevos llama la atención en el retrato. Y los maestros del género,—Dagnan-Bouveret, Gervex, Gándara,—que se presentan, no ofrecen algo nuevo: son las mismas obras, muy hermosas y perfectas, que ya las hemos visto tantas veces.

No olvidemos, entre los retratistas, al célebre y discutido Boldini; no lo olvidemos, en primer lugar, porque es un grande y originalísimo pintor, y, en segundo lugar, por ser tan conocido en la sociedad de Santiago. Nuestras señoras elegantes y niñas bonitas que vienen á París, siguiendo la moda,—Boldini es, en la actualidad, el pintor preferido de la acaudalada sociedad cosmopolita,—se hacen retratar por el curioso maestro del Boulevard Berthier (taller de Boldini) en ese estilo incoherente, con trozos muy acabados y otros en simple bosquejo, de figuras paradójales, muy alargadas (brazos de ángeles Renacimiento gargantas de cisne), con cabelleras encendidas y piernas que se prolongan y se atornillan á lo largo de los sofás. Tales son los retratos de Boldini. Siendo, como es, el pintor por excelencia, de la sociedad rica de nuestro tiempo, hará que la posteridad tenga del físico y del modo de nuestras mujeres una idea rara, más que rara falsa, si se



TRABAJO

RENE MENARD



LA LECCIÓN DE CLAVECÍN  
Cuadro de J. A. Muenier

quiere, pero, en general, muy seductora, única, y exquisitamente elegante. Estas características,—originalidad completa (los retratos de Boldini son sin escuela ni antecedentes, son de su "manera" personal y exclusiva), conjunto atrayente y no chocante á pesar de su incoherencia (lo cual es un fenómeno), elegancia refinada y distinguida que se mantiene á pesar de la paradoja,—ni sus acerbos enemigos (que los tiene en gran número) se atreven á negárseles á Boldini. Y ellas lo hacen ser uno de los más interesantes pintores modernos; y, talvez uno de los pocos que, en esta época de tradición ó de incertidumbre, hayan creado un arte nuevo, ó al menos, lanzado con todo éxito y desenvoltura una "manera" nueva,—simple "manera" ó arte duradero, el tiempo lo dirá. Es un tipo admirable este Boldini! Parece que pinta esas damas inquietantes y esas niñas pueriles,—y, sin embargo, tan atrayentes en el modo de una sociedad refinada,—por antonomasia de su propia persona. El creador de esas deliciosas nuca femeninas (es una de sus especialidades, el cuello y la nuca), de esos brazos enlazantes como los de las Cibeles antiguas, de esos tobillos delgados, donde se ve toda la finura de la raza, el evocador de los rostros bellos de la sociedad extranjera de París (las chilenas no se le han escapado), es un manpato obeso, afeado por violenta irregularidad facial, cabezón, de perfil de fauno aplastado, ridículo, casi monstruoso. Y este demonio pinta esos ángeles!

Hay artistas célebres de Francia relacionados con la colonia Sud-Americana. ¿Acaso una de las obras más apreciadas de Rodin, no es el busto de una distinguida y bella dama de Santiago (la señora viuda de Morla Vicuña.—Museo del Luxemburgo)? Pero Boldini es el más *repandu* en la colonia. Ha retratado, puede decirse, á todas las argentinas mejicanas, y chilenas ricas y bonitas de los últimos veinte años. Con ellas ha hecho su fortuna y su gloria. Lo reconoce él mismo, expresándose regocijadamente, como es de su temperamento, alegre, espiritual, lo cual, por lo demás, bien se vé en sus obras, todas ellas notablemente espirituales. Declara,—córriendo riesgo de ofender á otras colonias que lo han favorecido,—que sus más lindos modelos los ha encontrado entre chilenas. Sus retratos de mayor éxito,—elogiados en diversas exposiciones de ambos mundos, reproducidos por el grabado y la litografía (Casa Gonfl), han sido los de nuestras compatriotas las señoras Brown



LA PERSECUCION  
P. CARRIER-BELLEUSE



UN REQUIEBRO

JUAN SALA

de Subercaseaux, Huici de Errázuriz Urmeneta, y Concha de Ossa. Más allá fué la buena suerte de Boldini con la colonia chilena. Su obra maestra indiscutida,—obra admirable, fuerte, duradera, llena de carácter,—es el retrato del señor Schavager, (Museo de Santiago), aquel chileno vividor que se gastó en París, alegremente, la fortuna que le daban sus minas de Lota y Coronel. Cuando recuerda estas cosas, Boldini,—eximio y delicado artista de grotesca presencia,—se restrega las manos. Buenas inspiraciones y buenos pesos le han dado los chilenos! Es un pillastre á la francesa que se hace perdonar por su buen humor y talento. Hace años, cuando hizo el afamado retrato de la señora Concha de Ossa (entonces señorita Concha Subercaseaux) la retuvo en su taller un tiempo indefinido, declarando que los bosquejos (le hizo no menos de diez en diversas posturas y trajes) no lo satisfacían, y comenzaba siempre uno nuevo. Eso duró hasta que la niña, aburrída, quiso que se terminara uno cualquiera! Después se supo la verdad, cuando se vieron en diversas exposiciones y galerías cuadros de Boldini, representando una

misma encantadora fisonomía de mujer: la señorita Concha Subercaseaux: Lo de los bosquejos que quedaban malos fué la treta del artista. En vez de un solo retrato había hecho diez cuadros distintos de la misma joven. Así, el pillastre de Boldini, no perdió la feliz ocasión de tener un modelo tan bello y distinguido. Se ríe de un modo refinado el manpato, cuando recuerda la anécdota.

Este año, en el Salón de la Nacional, que nos ocupa, presenta cuatro retratos de lindas y elegantes señoras. Boldini es un Epicureo del arte que sólo acepta modelos exquisitos. Son obras notables en las que sus características se ven como acentuadas. La crítica, como siempre, les ha pegado fuerte, no aviniéndose al arte de Boldini, arte ajeno á los antecedentes y á los preceptos. Pero el público, como siempre, también ha demostrado predilección por la sala de Boldini, el retratista atrevido y encantador, difícil de definir, pero innegablemente, un producto del alma de París, de este París cosmopolita que puede ser, así como una locura, como una decadencia, el período álgico de una fina y brillantísima civilización.

Llama la atención como obra de arte y por la celebridad de la persona que representa, el retrato de Isidora Duncan, por Bagnies. La admirable bailarina, maestra de danzas griegas y orientales, se destaca con tú-

nica de Tanagra sobre un templo de arquitectura asiria, en una tonalidad trágica la plasticidad de esos bailes de lejanas civilizaciones que y risueña á la vez, como era ha restaurado el talento y el estudio de Isidora Duncan. El pintor Baugnies supo darle á su obra ese misterio religioso que fué la característica de la bailarina oriental, cuando el bruhanismo requería las danzas, no sólo como formas artísticas del culto, sino por la belleza de las actitudes y de los gestos, como medios de expresar lo divino. Ese retrato de Isidora Duncan, en el carácter que su genio representa, no es la bayadera degenerada en la que, por error, hemos visto los antiguos bailes de la India; es la verdadera *divadassi* (bailarina sagrada) que encontramos en las revelaciones del misterio oriental que nos hace Eduardo Schuré, es la vírgen del templo, la intérprete de los dioses, que, por medio de su arte y belleza, despertaba sentimientos poéticos en las multitudes idólatras. Veo que, si tomo nota especial de cada uno de los cuadros tengo para escribir un libro. El total de pinturas de este Salón es de 1,739; y, en ese número, no menos de 500 telas muy notables. Deben pasar, pues, por alto, tantos cuadros de género de factura irreprochable, concienzudos, escrupulosos,—arte duradero,—y otros ingeniosos, poéticos; pasar por alto las armonías de la naturaleza de Raffaelli, tan penetrantes y variadas, los ardientes jardines musulmanes del catalán Ru-



EL HIJO PRODIGO

G. LA TOUCHE

siñol, otras obras típicas de extranjeros; las de Aman-Jean, risueñas, tranquilas, dulcemente emocionadas, y los *Pierrots* de Carrier-Bellense, enamorados trágicos bajo la máscara que hace reír... Prescindo, pues, de seguir en el detalle de algunas obras, y veo modo de dar la impresión que, en conjunto, deja el Salón de la Sociedad Nacional. Es una impresión grata pero confusa. Me explico ambas cosas. Es grata, la impresión, porque todos esos artistas dan buena compañía y nos comunican sus disposiciones felices. Y es

confusa en primer lugar, porque faltan esos pintores de genio, que ya nombré, y que le daban á esta Exposición aire fuerte, grande, definido. En segundo lugar, la Sociedad Nacional,—es imposible dejar de notar lo,—que nació frente á la de los Artistas Franceses, como exposición de avanzada, de talentos nuevos y libres, es decir, revolucionarios, ha vivido ya mucho y,—como todo lo que vive y se roza, se disoluciona y se gasta,—ya no es revolucionaria, ni da campo á las ardientes y fecundas disputas. Sus artistas que han llegado á ser eximios, ya no son apasionados, ya no viven en las barricadas, ó, al menos, han hecho obras confortables y floridas aviniéndose á las convenciones. Ya, la Nacional, no tiene por divisa como en sus primeros tiempos, el "Vivir en peligro" de Nietzsche. Pero permaneciendo rica y brillante se ha hecho conservadora.



DIA DE FIESTA EN ESSEX

G. W. LAMBERT

B. VICUÑA SUBERCASEAUX



Mlle. HENRIETTE ROGERS

PRIMERA DAMA DEL TEATRO DE LA COMEDIA FRANCESA



HOY, si los distinguidos lectores de "Selecta" consienten en seguirme, haremos, conversando, una pequeña excursión fuera de los dominios de la Pintura, en los del Arte dramático. Por lo demás, el arte dramático ¿no es el verdadero lazo de unión entre las artes plásticas y la literatura ó la poesía? Un actor debe forzosamente tener algún instinto de pintor ó de escultor, pues representa, en carne y hueso, es cierto, pero por el arte, los tipos y las actitudes que los artistas buscan también para expresar una idea, un carácter, una emoción; los caminos distintos que van recorriendo actores y pintores ó escultores tienen un punto de partida común, el dón de la observación. Se ha dicho mil veces que el arte del actor tiene la inferioridad de que sirve sólo para interpretar las ideas y las producciones del cerebro de otro creador, dramaturgo ó poeta—porque son raros los Molière y los Shakespeare que interpretan sus propias obras—pero no se debe olvidar, que, además de la inteligencia del actor para desarrollar, acentuar, sintetizar las intenciones del autor, hay una parte de su arte en que interviene muy poco este autor y es la de la caracterización física de los personajes: y para esta caracterización, es indispensable poseer el dón de observación aguda que parece ser el apanaje exclusivo—para su exteriorización material y plástica, del pintor, del escultor ó del caricaturista: por eso también, por este parentesco directo con mi arte, me atrevo á decir algo de las admirables impresiones que he recibido en el Teatro Municipal, el mes pasado, esperando que no se me gritara: "¡Zapatero, á tus zapatos!"

El número de "Selecta" del mes de Agosto ha dedicado una hermosa página á M. Guitry, quien vino á dar á conocer á los chilenos, de la manera más esplendorosa y triunfal, lo que es el teatro de hoy día en Francia. No volveré á repetir lo que se dijo, en forma excelente de este actor genial. El público que llenó durante once noches inolvidables el Teatro Municipal siente todavía las vibraciones que produjo en él el gran artista; la "troupe" que le rodeaba era digna del jefe y del director y aparte del talento personal de cada uno de sus miembros, se distinguía por una cualidad insuperable en una compañía dramática cual es la homogeneidad: ya están lejos los tiempos en que los actores ó actrices "estrellas" se hacían acompañar por mediocridades ó cómicos de la legua, creyendo quizás hacer resaltar mejor por la comparación su propio talento, cuando al contrario, el primer principio, en el arte, cualquiera que sea, es la armonía del conjunto. En la compañía Guitry, todos son actores de talento probado y reconocido y que gozan en los teatros de París de una situación sobresaliente: á varios de los más jóvenes, entre ellos, particularmente al señor Signoret, los críticos parisienses son unánimes en predecirles el más magnífico porvenir.

Pero quiero concretarme hoy á hablar de la gran artista, que al lado de M. Guitry llevaba el peso principal de las obras representadas, Mademoiselle Henriette Rogers. Mademoiselle Rogers muy joven aún, pues empezó su carrera hace pocos años, siendo casi una niña, ocupa ya una situación de primera fila en el teatro francés de la hora presente: los autores dramáticos en boga se la disputan para crear los papeles de las heroínas de sus piezas, y ya—lo que es la consagración definitiva para una artista dramática—algunos han escrito papeles especialmente para ella, para aprovechar sus dotes personales que permiten sintetizar un aspecto nuevo de la mujer y de la "parisienne" moderna.

Por lo que se conoce de la carrera de la señorita Rogers, es permitido decir que ella da un ejemplo bien noble de lo que puede el amor sincero, profundo, exclusivo al arte. Su lema parece que fuera: "Todo por el arte y para el arte" y con una firmeza, con una voluntad inquebrantables ha seguido en el camino que se había trazado. No sé porque, cuando leía los detalles de su vida artística, ó cuando ella me hablaba de su carrera, venía á mi memoria—á pesar del marco y de las contingencias tan distintas—el recuerdo de estas valientes mujeres rusas ó americanas principalmente, que cuando se dedican al estudio de una ciencia eliminan de su vida todo lo que no es esta ciencia: pienso que es así como la señorita Rogers ha encarado la carrera de artista dramática, pero entonces, cuánto más admirable la constancia en el segundo caso que en el primero, porque en vez de desarrollarse en la austeridad refrigerante de los laboratorios ó de los cursos de la Universidad, la carrera de la actriz festejada por su gracia y su belleza, aclamada por su talento, se sigue en el ambiente de todas las elegancias, de todo el bullicio, de todas las tentaciones para una alma femenina, del medio más brillante y más perturbador del mundo, el "todo-París" artístico y mundano. Y es en este medio que la señorita Rogers, siendo al mismo tiempo tan exquisitamente femenina, ha querido y ha conseguido ser únicamente una artista y una gran artista. Esta es una de las más bonitas conquistas del feminismo moderno serio y bien comprendido, que en las carreras artísticas, la pintura, la literatura, el teatro, la mujer pueda, al fin, sencillamente, tranquilamente dedicarse á su arte, sin recelos y sin "arrière-pensée".

Siendo el ejemplo de algunos grandes actores de estos últimos tiempos, Mademoiselle Rogers no pasó por el Conservatorio: el "Théâtre-Libre" había demostrado que se podía llegar á ser actor de gran estilo y de gran escuela sin someterse á la disciplina clásica, lo que no quiere decir, por lo demás, que la educación del Conservatorio no tenga también sus ventajas y no sea un admi-

nable compendio de las grandes tradiciones del arte. Ella, pues, valiente y animosa, se lanzó directamente al teatro, confiando en su inteligencia y en la experiencia propia que iría adquiriendo en las mismas tablas, para llegar á poseer todos los detalles, todos los secretos del oficio. El sistema tiene sus peligros, pero cuando sale bien, es indudable que debe dar, y da al artista que le ha adoptado un sello de originalidad, de espontaneidad que la educación tradicional y clásica puede, al contrario, aminorar ó, por lo menos, detener durante algún tiempo.

Admirablemente dotada físicamente, con una voz impresionante, á la vez grave y musical, una voz que por sí sola atrae y seduce—(como, antaño, la "voix d'or" de Sarah Bernhardt)—una voz que es, como se dice en francés "prenante", Mademoiselle Rogers irradia además un encanto misterioso y un poco inquietante, hecho de mucha franqueza algo varonil mezclada con el refinamiento, el más femenino y estético. Sus actitudes y sus ademanes son siempre admirables: todos sus gestos, en la escena, tienen una seguridad, una elegancia natural y al mismo tiempo, una precisión que revelan el ser de elección, de raza y de voluntad: nunca nada exagerado ó forzado, pero nunca tampoco nada convencional ó inútil. En la "Chatelaine" por ejemplo, la manera de dar la mano, este único gesto, decía toda la lealtad, toda la rectitud de alma del personaje que encarnaba, como en el odioso papel que le tocaba desempeñar en "La Griffe" sus alternativas de gestos imprecisos é indecisos y de movimientos canallescros revelaban toda la bajeza, toda la ignominia de la repugnante protagonista de la obra.

Una de las tendencias cada vez más acentuada del teatro moderno, lo mismo de parte de los autores dramáticos como de los actores y escenógrafos es la de acercarse lo más posible á la realidad absoluta: en Francia fué el "Théâtre-Libre de Antoine, que acogió la idea, inició la corriente y dió la fórmula de esta evolución. Sería un error grave creer que en la nueva escuela, esta espontaneidad aparente, esta manera, que á veces parece descuidada para dar mayor naturalidad represente menos trabajo que el exigido por la escuela antigua: al contrario, quizás exige en el actor una atención mucho más despierta, un estudio más profundo no solamente de su papel, sino de las intenciones del autor y de las tendencias de la obra, y una observación constante y sostenida de la evolución constante de las costumbres y de la vida intelectual y moral. Nunca mejor que ahora se ha podido aplicar á los actores lo que decía Diderot, hace la friolera de ciento cincuenta años: "La Naturaleza da las cualidades personales, la figura, la voz, el criterio, la finura. Pero es con el estudio, con el conocimiento del corazón humano, con la práctica del mundo, con el trabajo encarnizado, con la experiencia y la costumbre del teatro que el actor debe perfeccionar el dón de la Naturaleza..." En otro párrafo, el mismo Diderot escribe estas líneas admirables, que explican lo que deben ser las relaciones entre los autores y los actores que muestran cómo éstos pueden llegar á ser verdaderos colaboradores de los primeros y que ensanchan de una manera notable y clara el horizonte y la responsabilidad del intérprete: "¿Y cómo podría un papel ser representado del mismo modo, por dos actores distintos, pues que, en el dramaturgo el más claro, el más enérgico, el más preciso, las palabras no son y no pueden ser sino las manifestaciones solo aproximadas, de un sentimiento, de un pensamiento, de una idea..." Admitiendo esta teoría, que yo, por mi parte, encuentro perfectamente lógica y luminosa, se ve en qué consiste el trabajo del actor, y cómo debe procurar interpretar al mismo tiempo el pensamiento del autor y lo que su propia experiencia le ha enseñado de la vida y de las pasiones humanas.

Es preciso haber visto de cerca, como lo ví, de una manera constante durante varios años, el trabajo de los ensayos de las comedias para darse cuenta de la suma prodigiosa de trabajo, que da como resultado lo que ve el público, en la noche de una primera representación: las dudas, las malas inteligencias, las discusiones, las peleas con los autores, las desesperaciones porque una frase, algunas veces, una palabra no se alcanza á dar con su justa tonalidad. Entonces se comprende también la alegría, el entusiasmo de un autor cuando se encuentra con unos intérpretes, que por inteligencia, por experiencia, ó por espontaneidad encarnan los tipos exactos que él ha soñado.

Mademoiselle Rogers ha realizado ya y seguirá realizando cada día con más autoridad este ideal de los autores dramáticos. Su inteligencia tan despierta, su sinceridad, su independencia, basada sobre una gran confianza justificada en su propia voluntad le aseguran un porvenir de triunfos en cualquier género ó estilo que quiera adoptar, porque la elasticidad de su talento le permite encarnar los tipos los más diversos y los más antagónicos desde las criaturas complicadas, ultra modernas y cosmopolitas del teatro de Bernstein ó de Bataille, hasta las almas sanas y puras de las simpáticas heroínas de Capus, ó las grandes figuras de Daudet, de Hervieu ó de Bourget, habiendo hecho también, con el mismo éxito, incursiones en el melodrama popular.

Aquí, Mademoiselle Rogers ha conquistado enteramente al público: por eso en cambio de las hermosas impresiones de arte que nos ha dado, ella habrá llevado también un recuerdo intenso y luminoso de su temporada en Santiago, porque creo que para una artista de raza como es ella, debe ser la sensación la más admirable, la de comprender que se ha logrado establecer una comunicación eléctrica con toda una sala que vibra al unsono.



ANTES DE AYER Y HOY DÍA  
La carroza del siglo XVIII desaparece ante la rapidez del automóvil, indiscutiblemente más práctico.

## Del Palanquín á la última moda del Aeroplano

**B**IEN curioso sería referir la historia de los diversos sistemas de locomoción, desde el carro egipcio, existente en el Museo de Florencia que, veinte siglos antes de Jesucristo, paseaba por la arena sonrosada del desierto al todo Menfis de la época de la doceava dinastía hasta el aeroplano que no hace mucho permitía al glorioso Blériot realizar el ensueño de Napoleón I, el descenso en Inglaterra.

Y en ese asombroso museo se verá desfilan á las patricias en litera, á los Cónsules en su carro de triunfo, á los esclavos corredores y á los vencedores en el estadio; los caballeros romanos, griegos y cartagineses, hollarán los caminos, é inclinados sobre sus sillas, lanzando gritos de bestias feroces, los Hunos de Atila pasarán al triple galope de sus caballitos de largo pelaje.

Durante largos siglos, la dificultad de las comunicaciones detuvo el vuelo de la locomoción... ó casi lo detuvo. Tuvo lugar entonces lo que podríamos llamar la anarquía de los caminos. Situación tan deplorable cesó con el mejoramiento de la pavimentación en los caminos y la circulación continuó á más y mejor. Los siglos XVI y XVII vieron las carrozas primitivas.

El siglo XVIII emplea su elegancia en adornar las sillas

de mano, los trineos, los boggeis y las carrozas de gala. Todo se vuelve adornos en las carrozas que conducen á los señores y á las bellas damas empolvadas. Es menester agregar que por muy lindos que fueran los carruajes, no por eso eran muy prácticos en los viajes, y toda caminata era tan larga como costosa.

Majestuoso y estirado el rey Sol circula en pesadas y enormes carrozas tiradas por cuatro parejas de caballos, y cada uno de estos viajes movilizaba centenares de cocheros, picadores, palafreneros, guardias y postillones. Luis XV, estrecha el tamaño de los carruajes pero al mismo tiempo los llena de espejos para reproducir la imagen de las hermosas que tan muellemente se reclinan en los cojines capitoneados.

Boucher, Fragonard, Watteau, hacen abrirse las rosas, las lilas, los jazmines y los amores sobre los costados de las sillas, de las carrozas y de los trineos. La locura del lujo llega á tales términos que un día la Duthe, una actriz célebre, se atrevió á mostrarse de vuelta de Longchamps, en un carruaje del cual nos dan la descripción las gacetas de la época en los términos siguientes: "Era una caja decorada con amores entrepuntos y cifras y montada sobre una concha de dorados contornos forrados en nácar y sostenida por tritones de bronce; los ejes de las ruedas eran de plata, maciza; los caballos blancos herrados con plata, tenían ca-



#### LOS VEHICULOS BAJO EL SEGUNDO IMPERIO

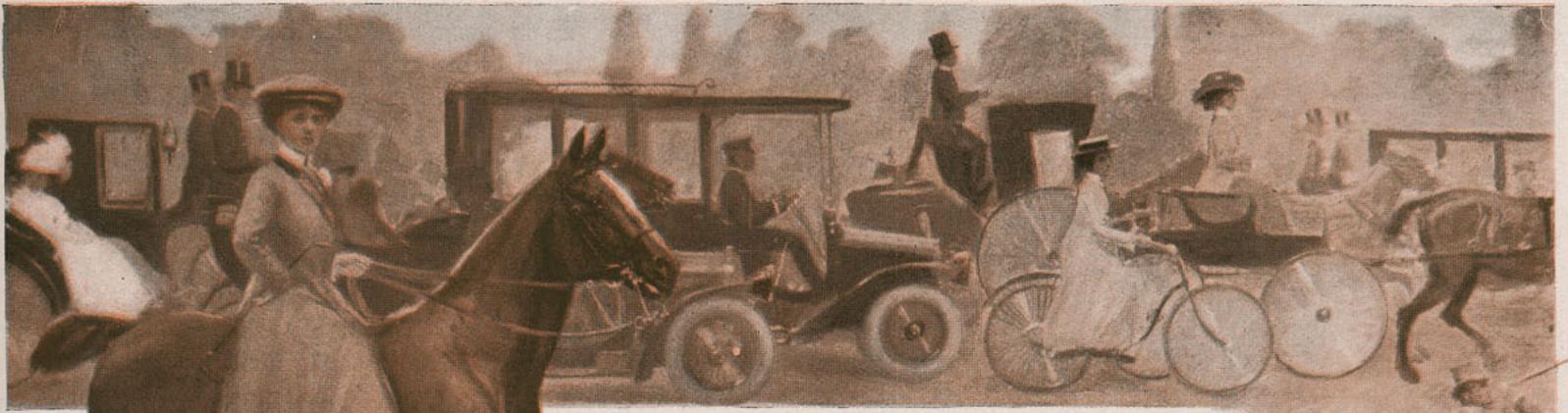
Tilburís, caleches, ocho resortes, daumonts, el lujo y la gracia de los equipajes eran entonces inauditos; los caminos de hierro han destronado la diligencia, que por lo pintoresca, no ha muerto del todo, afortunadamente.

pas de oro, así como los arneses y penachos. Sobre esa concha descansaba la Duthe, recostada entre sederías color de

carne, recubierta con una camiseta transparente y en la cabeza un sombrero negro de gasa". Que se apresuren las hermosas damas á subir á sus carrozas floridas, y á gozar de sus elegancias refinadas, porque ya se anuncia un rumor vago y todavía incierto pero amenazador de multitudes negras y harapientas que cantan la carmañola: es la revolución en marcha que avanza... El lujo será abolido, suprimida la elegancia, la gracia sospechosa. Al fuego serán arrojadas las carrozas doradas y cinceladas, se confiscarán suprimiéndose á los propietarios y la última carroza de la corte de

Francia será la carroza de Pethion, Gobernador de París, sobre la cual mon-





## LOS VEHICULOS MODERNOS

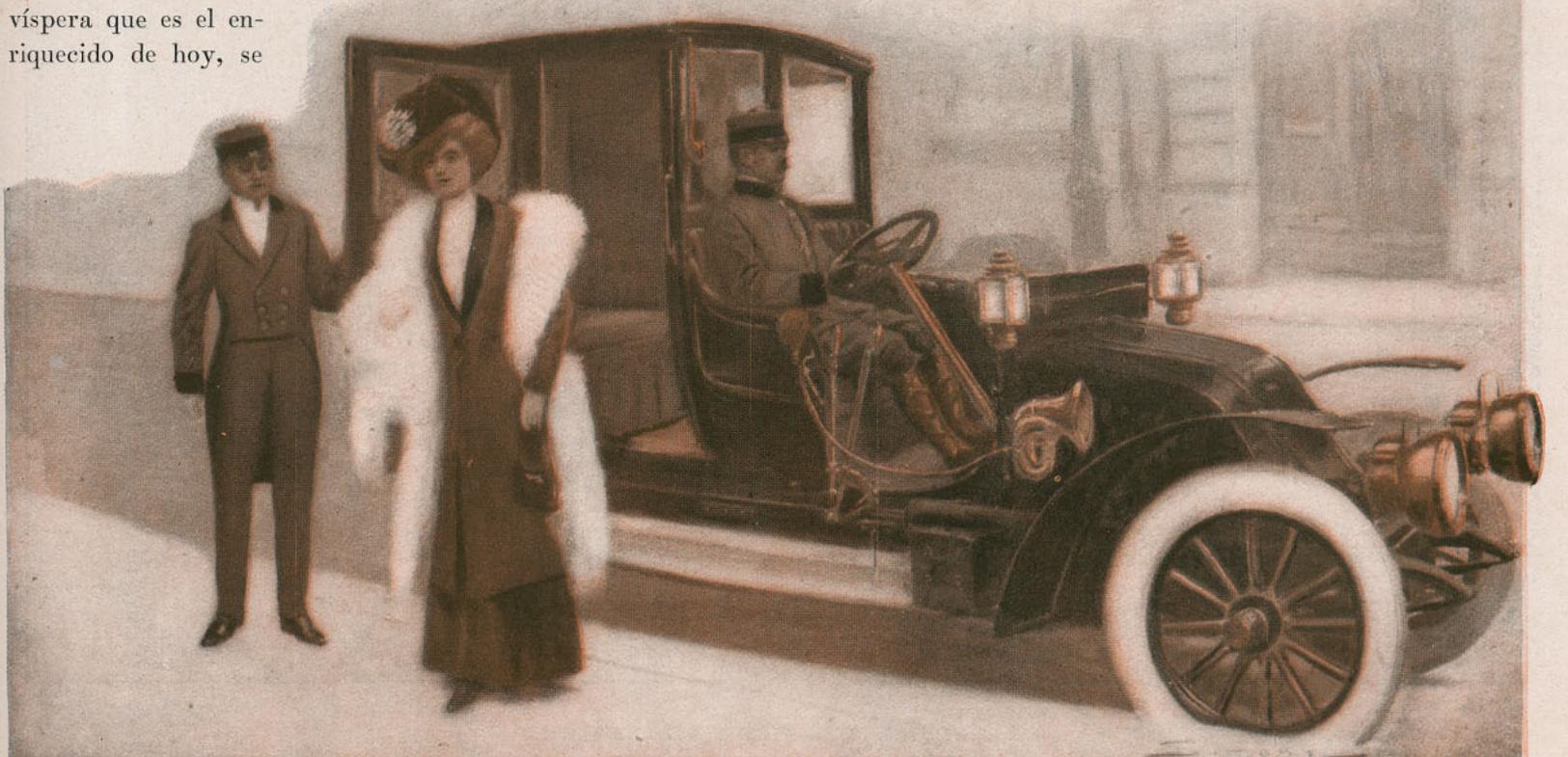
Múltiples, variados, luchando en comodidades y velocidad, serán sin embargo destinados mañana por las invenciones nuevas de la locomoción aérea, en la cual son vertiginosos los progresos.

tará Luis XVI condenado á muerte por 367 votos, al ser conducido al patíbulo.

De igual manera que todas las demás elegancias, el lujo, de los coches recomienza con el Directorio; del día á la mañana, París ve

reaparecer los carruajes abolidos. Las bellas maravillosas y á la cabeza de ellas la hermosa Madame Tallien, circulan alegres por París renovado, extendidas, casi acostadas en una carroza pintada de verde, de ese verde que el terror había proscrito porque recordaba el sombrero de Carlota Corday. Y sobre los cojines delanteros alargaban sus piececitos calzados con "carlines de oro".

Todos los diversos modelos de carruajes hacen su aparición. Esas viejas reliquias ocultas durante el terror en el fondo de los castillos de provincia, son puestas en servicio activo. El agiotista de la víspera que es el enriquecido de hoy, se





creería deshonrado sino arrojara el lodo de su coche sobre los paseantes, al dirigirse al triple galope de sus caballos ingleses á Tivoli, á Frascati ó al jardín Turco, á cualquiera de los 6,333 bailes y citas de placer en donde se reunen los hombres que se divierten. Acabamos de estudiar algunos modos de locomoción; nos quedarían todavía muchos otros que describir, hasta los patines, las "moscas" y otros vehículos gratos á Pierre Loti. Y no hablo ahora ni de los ferro carriles ni de los automóviles, ni de las canoas á vapor, ni de los transatlánticos, ni de las simples bicicletas. En cuanto á los globos los he puesto aparte porque son ellos los que se pasean y no nosotros... Y nuestra rápida revista se acabaría con el rumor loco y ensordecedor compuesto por los pitos de los vapores, las sirenas de los transatlánticos, el cuerno de los autos, el chasquido de las fustas de los cocheros y sobre todo por el inmenso clamoreo de los que van á pie, temerosos de ser atropellados por los tranvías eléctricos.

F. R.

#### LA CONQUISTA DEL AIRE Y DE LOS MARES

En fin, ne aquí la majestuosa galera del siglo XVI y la graciosa góndola del siglo XVIII, destronadas por los buques á vapor y la canoa automóvil, que costea hoy día sobre las aguas del Gran Canal de Venecia. Se puede preguntar ahora: ¿Cuánto tiempo necesitará la navegación aérea para suplantarse la navegación marítima?

# El Estilo de la Arquitectura



El estilo se puede considerar bajo dos puntos de vista: en general y en particular; para que un edificio tenga estilo bajo el primer punto de vista, es necesario que todo lo que está representado en él tenga aspecto propio y peculiar, es decir, que esté caracterizado en su forma y en su exornación; bajo el segundo punto de vista, en particular, se refiere á los diferentes modos de expresión propios y peculiares de cada época, dirigidos por un modo especial de sentir.

A la arquitectura corriente de nuestra época le falta originalidad y sobre todo sinceridad, parece que hubiera divorcio entre la construcción y la decoración. En lugar de hablar una lengua viva, se sirve de una lengua muerta, copiando estilos de otras épocas. De ahí la existencia de una variedad de motivos, donde la elección depende de la fantasía del arquitecto ó de la de su cliente, estando éste influenciado por la moda.

En el siglo pasado hubo una completa revolución en la construcción y en la confección mecánica de sus elementos, pero esto no ha tenido influencia en los estilos; los estilos de hoy, de la época del fierro y del concreto, son los mismos que los de la época en que se usaba la piedra, casi exclusivamente, como elemento de construcción.

El Egipto, pueblo arquitecto por excelencia, tuvo su estilo grandioso y de austeridad majestuosa. Todavía podemos admirar sus templos, palacios y tumbas, constituidos por muros en talud, que dan tan bien la idea de gravedad y perpetuidad, por pórticos formados por columnas características con sus capiteles latiformes y campaniformes, y las grandes salas hipétilas con sus columnas gigantes.

Las vastas construcciones de ladrillo de los asirios, elevadas sobre terrazas; sus muros de un grosor descomunal, coronados por almenas, decorados con faenzas policromos; sus salas múltiples abovedadas, nos dan idea del estilo de este pueblo.

La Persia levantó sobre grandes terraplenes, palacios con verdaderos bosques, de esbeltas columnas en mármol; formó un estilo propio, combinación del egipcio y del asirio.

Los griegos nos han legado la bella arquitectura clásica, hasta nuestros días nuestra admiración y modelo. Sus templos compuestos por columnas de un perfil admirable, sos-

teniendo un entablamento de platabandas sabiamente combinadas, dividido en tres zonas; las columnas dispuestas en peristilo rodeando el cuerpo principal; cubierto por un techo á dos aguas, con frontones en los extremos. Tipo de construcción que todo el mundo admira como lo más perfecto que ha existido en proporciones generales y distribución y forma de los miembros que la componían.

Las suntuosas construcciones romanas, nos muestran el sistema constructivo de los etruscos con la decoración de la arquitectura griega, con modificaciones que le dan más riqueza y un tipo especial.

Todos estos pueblos seguían una vía única y bien trazada por las circunstancias; sus arquitectos construían con un mismo sistema, según el gusto universal de su tiempo. Los constructores se movían dentro de ciertos límites, pero siempre en la misma dirección.

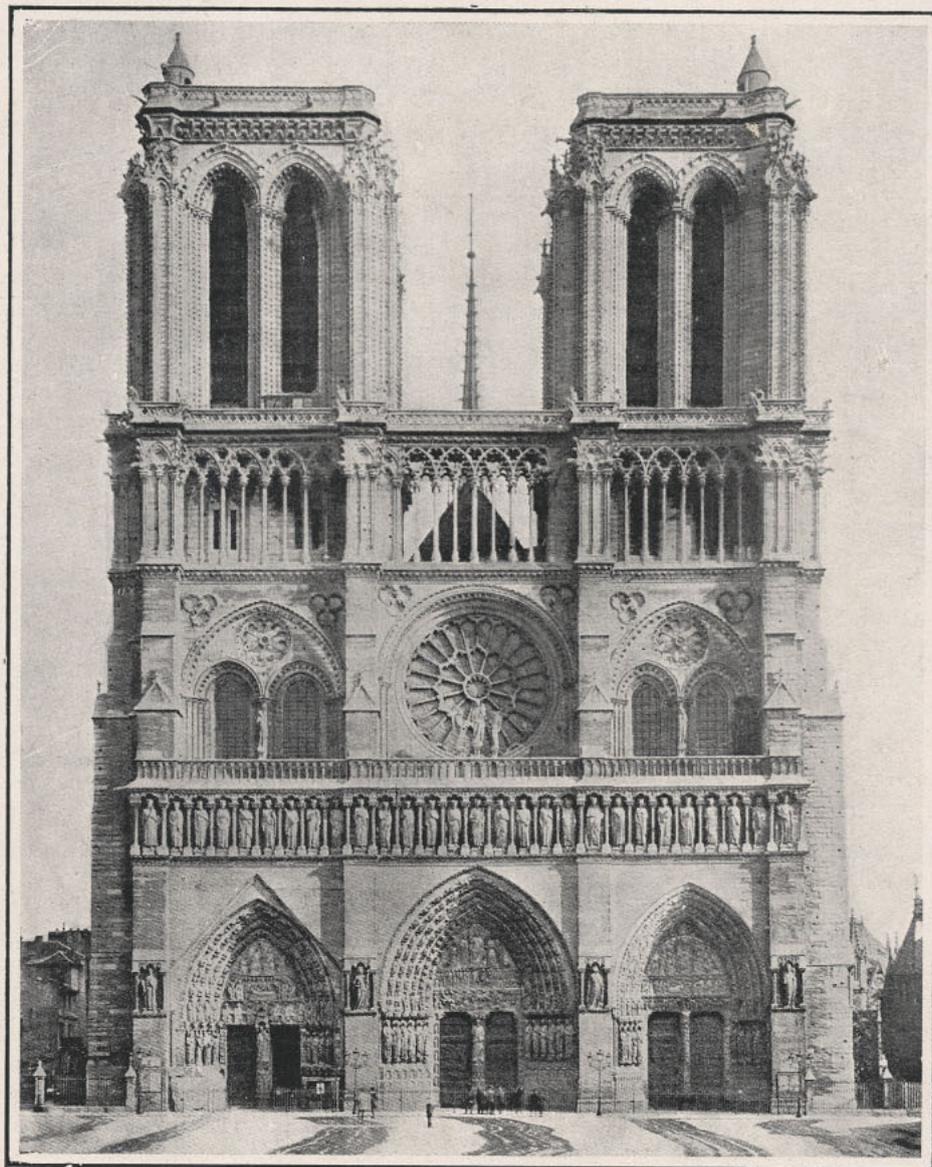
En la edad media sucede lo mismo. El bizantino, caracterizado por sus cúpulas y por sus columnas de forma original, cuyo objeto era soportar el arco. El romanesco, amalgamación del bizantino y del romano degenerado, tuvo sus variantes según la localidad donde se desarrolló, pero manteniendo su carácter especial que lo distingue.

El ojival, estilo que nació y se desarrolló en brazos del cristianismo, correspondía plenamente al espíritu cristiano, por la idea espiritual y elevada de sus formas; sus arquitectos construyeron casi exclusivamente con la piedra; amontonándola en torres que se levantaban sobre arcos, á través de las elevadas techumbres de las naves y transeptos, rematan-

do en agujas al parecer bordadas con los dibujos más exquisitos; suspendiéndola en bóvedas, dándole la elasticidad y liviandad de una cubierta flexible, y tallándola como si fuera el material más blando.

Los edificios de esta época fueron más variados: eclesiásticos, monásticos, civiles, militares, pero todos se derivaban de los mismos procedimientos y afectaban el mismo estilo. Cada región tenía su escuela y sus formas favoritas; el arte progresó y se transformó; pero jamás en la edad media, se concibió en el mismo momento y en el mismo lugar dos maneras de construir un edificio determinado.

A pesar de esto hubieron épocas de transición, en las cuales había libertad para escoger entre dos estilos. En el siglo XVI cuando se comenzó á suplantarse el estilo ojival por el estilo clásico, aconteció algo semejante, pero más bien



Fachada de Notre Dame de Paris

fué una combinación de dos estilos que su uso simultáneo, un estilo de transición de un carácter peculiar.

En los diferentes siglos que se adoptaron las formas del renacimiento, copiando un estilo anterior lo interpretaban según su manera de sentir y lo imitaban del mismo modo, variando solamente de una época á la otra.

En nuestros días se ha producido un fenómeno muy extraño: la copia simultánea de todos los estilos del pasado, con mucho ciencia, pero con poco arte y originalidad.

Los arquitectos han asimilado los métodos antiguos, han estudiado las reglas de la arqueología, han multiplicado los motivos decorativos rejuveneciendo las formas antiguas y le han dado á la profesión un carácter más serio y más sabio; pero lo que no han hecho ha sido darle vida, darle carácter á estas fórmulas muertas; no han tomado en cuenta nuestro modo de vivir, los nuevos materiales, ni el clima del país donde construyen; hay que tomar como base estos conocimientos pero modificarlos, según nuestra manera de sentir.

Una invención personal no podrá jamás producir un nuevo estilo. Cada vez que un arquitecto ha querido desentenderse de todo estilo anterior, ha caído en excentricidades. El "Art nouveau", que apareció en la Exposición de París de 1900, murió al nacer, y como éste, todos los estilos que han aparecido, intentando revolucionar la arquitectura moderna, han corrido igual suerte.

Los grandes estilos de la antigüedad han ido desarrollándose lentamente; partiendo de algunas formas prestadas que han sido desarrolladas y purificadas por modificaciones continuas, por una evolución lenta á través de generaciones de hombres.

El camino para llegar á un estilo propio está indicado. Estamos en una situación privilegiada: pertenecemos á una época instruída; conocemos á fondo los monumentos de todos los pueblos; gracias á nuestros medios de investigación, á los viajes, á las publicaciones ilustradas, á las fieles reproducciones fotográficas, á los estudios arqueológicos, á los inestimables tesoros de la ciencia moderna; nos hemos familiarizado con todos los procedimientos antiguos.

¿Qué estilo conviene tomar como punto de partida, para formar la raíz del estilo moderno?

La época y la región que tengan más analogía con la nuestra, en cuanto al desarrollo de la civilización, á las necesidades que hay que satisfacer, á los recursos del suelo y á las condiciones del clima, será las que nos proveerán los elementos más útiles. De esto se desprende que es necesario inspirarse en el estilo más apropiado á la región donde construimos.

Mr. Freeman, eminente crítico norteamericano, llega á esta conclusión: "La selección en cada país, debe estar inspirada por su historia. Vuelvan al último estilo que nació en su país y partan de este punto para desarrollar el estilo futuro. Deben, de ahí, ser imitadores por cierto tiempo, pero no deben serlo eternamente."

En países como el nuestro, que nunca hemos tenido estilo propio, no se pueden seguir los consejos del crítico norteamericano, pero se puede adoptar un estilo que nos convenga, tomado en el período de todo su vigor.

Los estilos que más nos convienen y de donde debemos hacer la selección, son los que se han desarrollado en el sur de Europa, países de clima, semejante al nuestro y de civilización análoga; tomar los principios de las construcciones de la Grecia, cuando su arquitectura estaba en todo su es-

plendor ú otro cualquiera de los estilos originales de estos países; en ningún caso adoptar imitaciones ni mucho menos estilos en decadencia.

Los edificios que se construyen ó construídos en nuestro país, se pueden clasificar en tres categorías con respecto á su estilo: imitación de edificios construídos en Europa, los que son á su vez imitaciones del estilo renacimiento en decadencia ú ojival; mezcla de varios estilos en un mismo edificio; y los que no tienen estilo.

Los que están bajo la primera categoría adolecen de un defecto muy grave: la copia de la imitación; el que imita va siempre detrás del imitado y si todavía otra copia al que imita, fácilmente se comprenderá que lo que éste produce está muy lejos de ser una obra de arte.

La mezcla de varios estilos en un mismo edificio es algo monstruoso, comparable al empleo simultáneo de varias lenguas, lo que es altamente absurdo y desagradable. Es inconcebible que dos ó tres sistemas de formas determinadas, concebidas en épocas diferentes, creadas por necesidades diversas y requiriendo una técnica distinta, puedan coexistir en armonía.

Por último, en los edificios que no tienen estilo, no hay necesidad de demostrar su defecto; lo que no tiene estilo no tiene carácter; generalmente son concebidos por constructores sin instrucción, su escuela ha sido la práctica y los que se educan en esta escuela degradan la Arquitectura hasta convertirla, únicamente, en un medio para ganar dinero.

¿Qué hace el arquitecto hoy día, no habiendo un estilo nacional?

Es indiscutible que en defecto de un estilo nacional, generalmente aceptado y arraigado en el uso, pueda adoptar uno ú otro estilo para un mismo género de construcciones. No hacer depender el estilo, ni del gusto del cliente ni de la moda, sino escoger el que más se adapte á la clase de edificio que va á construir. Así, para una iglesia convendría el estilo ojival por sus formas religiosas; para un edificio público, el renacimiento dada su gravedad; y para un café-concierto, digamos, el morisco, por sus formas graciosas.

Para poder aplicar convenientemente estos estilos es preciso conocerlos á fondo, estudiar sus formas tal como fueron concebidas en la época que se desarrollaron. Un arquitecto concienzudo no se resolverá á hacer excursiones en los estilos extraños al que está acostumbrado á usar; mientras más estudie y practique un mismo estilo, más se familiarizará con sus formas y podrá hacer mejor aplicación de ellas.

De lo que antecede se deduce que desde la decadencia del renacimiento no se ha desarrollado ningún estilo que merezca el nombre de moderno; que actualmente se practican simultáneamente estilos completamente discordantes. ¿A qué se debe este fenómeno? ¿Por qué se ha producido?

Es debido á la época en que vivimos, época de escepticismo desvanecido, de sabido eclecticismo, que no conoce ni tradiciones ni autoridad, donde la arqueología ha puesto todos los estilos en un mismo rango; época de cambios continuos, de modas efímeras, de descubrimientos y de revolución permanente. Quizás una fórmula fija no podría expresar sinceramente los sentimientos móviles de nuestra sociedad.

Sin embargo, en medio de este caos se distinguen los gérmenes de un progreso futuro. La lucha entre los estilos deja presentir el triunfo final de la razón y de la belleza, cuyo fruto será, sin duda, un estilo en armonía con nuestra civilización.

NIKSUR.



# EL COJO



A lo ven ustedes... me falta un pedazo de la pierna izquierda... Vuestra curiosidad es impertinente y necia. Verdad es que siempre sois impertinentes y necios. Os importa poco mi cojera, y sin embargo me pedís su historia. Os digo que sois unos imbéciles. Habéis oído decir que los cojos gustan de la mentira y pensásteis que podría contaros cualquiera narración inverosímil... Pues bien, héme aquí plantado ante vosotros. ¡Observarme si queréis! ¿Veis cómo me sostengo sobre mi pierna sana, mientras la otra queda en el aire como si empezase un paso de baile que no terminará jamás? Y si camino, ved cómo mi cuerpo entero se congestiona en una penosa mueca. Es que trabajo lo increíble para no dar con mis narices en el suelo... Pero veo que vuestra risa se os ha congelado en la boca; me miráis como ovejas acorraladas por el lobo; buscáis con la vista un punto donde escapar. Esperar, amiguitos... no os soltaré hasta que hayáis escuchado hasta el final la historia de mi cojera. No soy de los que sueltan su presa fácilmente; me gusta ver el espanto que causa mi horrible pata de palo en las gentes que aún no la conocen. Me complazco paseando en las altas horas de la noche por la ciudad desierta. Entonces mi pata de palo es la única en el silencio. Marcha con golpes monótonos, pausados y fuertes. En los sitios en que el piso es hueco, suena con extraño ruido. Más de un poderoso habrá despertado con sobresalto de su quinto sueño, para preguntarse de dónde le llega una queja que bien pudiera ser un insulto... Es mi pierna de madera que retumba en las alcantarillas de su mansión!... Mi pierna desempeña un noble papel en la tierra! ¡Despertad al dormido!—dijo alguien.—Pero creedme que yo no pienso en ninguna de esas pataratas. Mi vida se limita á dar satisfacción á lo que constituye mi placer: amedrentar, hacer resonar mi pata de madera.

¡Vedla bien! Recibe mi rodilla mutilada como un copón. Estas dos barras de madera sirven para asegurarla fuertemente á la extremidad del muslo. Vedla cómo se adelgaza hacia el suelo, hasta terminar casi en punta. Allí le he puesto un rodete de hierro para impedir que se desgaste... Es una máquina sencilla, que yo mismo me he construído con un trozo de espinoso en bruto. Pero estad seguros que no existe dolor más grande que el de construir por sí mismo la muleta que os ha de servir para arrastraros hasta la tumba. Pensad que yo no he sido toda la vida un hombre mutilado. Hubo un tiempo en que mis dos piernas jóvenes sostuvieron un bello cuerpo de mancebo. Pensad que yo pude saltar, correr y reír. Entonces yo caminaba leguas y leguas de á pie, recorría las praderas libres, ascendía las montañas. También escalaba los corazones abruptos; era mi ascensión favorita. Jamás dí el menor traspies. Jamás. Y eso dependía tan sólo de que jamás caminaba por otro sendero que el que me señalara mi propio deseo. Nunca escuché los consejos de nadie. Cuando alguien me decía: "¡Pasa por aquí, que hay un jardín florido!"... Yo respondía: "No me da la gana". Y cuando deseaba pasar, nadie podía detenerme. Por eso fui feliz. Si hubiera continuado de este modo, no habría perdido mi linda pierna izquierda.

Sólo el diablo hubiera podido perderme. Voy á contaros cómo fué.

Era yo un apasionado por la geología; llevaba á cabo largas excursiones para descubrir sus misterios. Un día, que caminaba como siempre, con mi morral á la espalda, la vista puesta en el término del camino, me salió al encuentro un gallardo muchacho.

—¡Eh, amigo!... ¿Adónde vas?—me gritó.

—A la montaña voy.

—¿Vas muy de prisa?—insinuó.

—¡Nada te importa!

—Es que también voy á la montaña... ¿No podríamos hacer juntos la jornada?... ¡Espera, amigo!

Era un muchacho simpático. Lo esperé. Nos sentamos al borde de la carretera. En lontananza se divisaban las montañas azules coronadas de nieve.

—¡Oh, qué bellas son!—exclamó mi nuevo amigo extendiendo los brazos hacia ellas, y como haciendo poco caso de mí—allí, en la cumbre plantaré mi tienda! Exploraré los abismos... respiraré el aire helado y puro...

—Amigo—le interrumpí—estás revelando mi propio sueño...

—¿Es verdad?—preguntó con júbilo.—¿Entonces eres tú también un geólogo?... ¿Eres un explorador?... ¿De veras que no me engañas?... ¡Oh, abrazame, querido amigo!... En adelante serás mi hermano.

Confieso que fui engañado como un imbécil. Me dejé seducir por la espontaneidad de sus movimientos y por la agradable modulación de su voz. He de advertiros que el diablo es un gran actor.

Consentí en que marcháramos juntos. Caminamos por valles y quebradas. Habéis de saber que el camino de las cumbres es más difícil de lo que parece. A menudo hay que salvar ríos, atravesar bosques en que os acechan animales feroces, y aún es menester luchar con otros exploradores falsos que á menudo os interceptan el camino para preguntaros: "¿Es este el verdadero camino?... ¿No iremos errados, hermanito?"... Sus voces son débiles é inseguras. Miran hacia todos lados y en vez de consultar los vientos y otras altas señales de la naturaleza, interrogan las briznas de paja del

suelo. ¡Pobres hombres! No saben que los verdaderos exploradores marchan con planta segura y no se detienen jamás; ¡ellos salvan todos los abruptos, escollos, empujados por una fuerza invencible!

Ya os he dicho que mi compañero era un mozo simpático. Hablaba mucho y decía cosas muy bellas. Pronto fué ganando terreno en mi espíritu. ¡Yo os digo que desconfiéis de los que hablan demasiado!... Llegó hasta convencerme de que era la Providencia quien había provisto nuestro encuentro; que habíamos nacido para ayudarnos y completarnos, que yo sin él no hubiera llegado jamás á mi destino y que él sin mí hubiera fracasado. No comprendía bien por qué necesitaba yo del apoyo de nadie cuando tenía unas dos piernas tan robustas y un cerebro claro y fuerte, pero aceptaba por condescendencia. En cuanto á él, era muy distinto. Aunque se pretendía perfecto, fui notando que le faltaban muchas buenas cualidades, que él disimulaba cuidadosamente con sutiles razones. Descubrí, por ejemplo, que su cuerpo, como el de todas las criaturas del diablo, carecía de huesos ó que por lo menos éstos eran blandos, como de cartílagos ó mazapán. Como lo interrogué, me respondió que eso no quería decir, que por el contrario, era una ventaja que llevaba sobre mí y que redundaría en provecho de ambos. "Como en las alturas hay abismos profundos, insondables, en los que tú no podrías arriesgar, sin quebrarte una pierna, la Providencia ha pensado en esto. Yo puedo rodar por los subterráneos y por las cavernas, rebotar de piedra en piedra, sin que mis huesos sufran en lo más mínimo"...

Descubrí también que mi amigo llevaba un bolsón, que en un principio confundí con un catalejo, pero que por un descuido suyo vine á saber que era un verdadero arsenal de tinturas, pelucas y caretas prodigiosas. Había una de estas últimas, sobre todo, que me llamó la atención. Era la careta de filósofo. Verdadera maravilla confeccionada con partículas de todas las filosofías del mundo y que formaba un extraño conjunto, adaptable á todas las situaciones. En el bolsoncito, como os dije, había también pelucas de poeta, pelucas de nobles, de anarquistas, bálsamo de hechicera, etc., etc. El me explicó la posesión de todos estos objetos diciéndome que sólo servirían para utilizarlas en las ciudades que tendríamos que atravesar y que con ellas ganaríamos dinero para nuestro viaje.

Pero entre otros descubrimientos, el que más me disgustó fué el saber que mi amigo, es decir, un hombre como yo, no lo era, ó al menos era un ser sin sexo. Un día que nos bañábamos, pude cerciorarme. Su cuerpo era una mezcla extraña de hombre, mujer y animal prehistórico. Como yo lo examinase interrogándolo mudamente, me respondió: "No te extrañes, querido amigo, yo soy un representante de un alma en la tierra y las almas, has de saberlo, no tienen sexo."

Era, como veis, una respuesta hábil, y que, por lo menos, si no se aceptaba, daba mucho para pensarla.

Pero, sobre todo, lo que más contribuía á mi engaño, era yo mismo. Como os he dicho, este maldito ser había logrado introducirse en mi corazón y bien sabía él que allí encontraba siempre su mejor defensor. El corazón es débil, muchachos, ó es demasiado generoso. He ahí por qué logró entorpecer mi cerebro. ¡Déjalo, decía mi corazón de veinte años, ¡déjalo! ¿qué mal puede hacerte nadie, cuando vas impulsado por una fuerza superior á todas las fuerzas?

Y mi compañero no cesaba en hacer zumbiar acomodaticias ideas, que no tenían otro fin que disimular sus defectos. No los ocultaba, como veis, trataba de enaltecerlos á mis ojos. A menudo repetía: "¿El bien? ¿El mal? ¿Podrías acaso indicarme un límite?... El hombre ha establecido los códigos... ¿y no los habría podido hacer á la inversa de lo que son?"...

También había pensado muchas veces lo mismo, pero mi compañero no utilizaba la filosofía sino para conseguir sus malos fines.

Por aquellos tiempos comenzó á pasarme lo que nunca: mi sueño se hizo intranquilo, penoso. Aunque dormíamos bajo la mirada de las estrellas, me faltaba el aire, como si una mano negra oprimiese mi pecho. Varias veces, al despertar, en altas horas de la noche, creí distinguir una sombra que se alejaba con rapidez de mi lado.

Más de una vez pensé en zafarme de este demonio. Vagamente presentía que alguna desgracia debería acurrirme por causa suya, pero lo veía tan sumiso, me manifestaba tanto apego, que sólo al pensar que habría de abandonarlo brutalmente, me invadía un estúpido enternecimiento.

Sin embargo no tardó en presentarse una buena ocasión. Un día que penetramos á una ciudad, mi compañero recibió una carta. Mientras leía iba poniéndose amarillo como un muerto, sus labios temblaban ligeramente y al dirigirse á mí, temblaba asimismo su voz.

—¡Es preciso que regrese á mi pueblo!—me dijo.

Una secreta alegría brilló en mi espíritu.

—¿Por qué?—le dije.

—¡Mi madre se muere!

—¿Pensaba que no tendrías familia!... Un explorador debiera llevar junto á sí todo lo que posee. Debes volver en el acto.

Pareció no oírme. Sin duda esperaba algo más de mí. Como abstraído en sus pensamientos, of que murmuraba entre dientes:

—... Se muere de miseria... ¿Y qué he de hacer yo?... solo?

—Es preciso que vuelvas—repetí con firmeza.

Levantó los ojos suplicantes.

—¿Y te separarás de mí?

—¡Claro está!

—¿Es imposible?—sollozó.—¡Hermanito, hermano!... ¿Me abandonas de este modo? ¿Así pagas mi amistad?

—¡Yo no puedo abandonar mi viaje!

—¿Y á eso llamas tener caridad?—dijo abrazándose á mis piernas.—¡vuelve conmigo, te lo suplico! Aliviaremos juntos á mi madre, luego emprendemos de nuevo la jornada. Te llevaré á mi hogar, serás allí el preferido, el que ocupe el mejor puesto. ¡Mira! agregó, pensando decidirme—¡mira! Cerca de mi pueblo hay unas montañas que son quizás las más altas del mundo; emprendemos su ascenso, y saldremos ganando!

—Para mí da lo mismo—repliqué.—La montaña que yo escalé será siempre mi montaña, y desde todas se conversa igualmente con Dios. No te puedo acompañar!...

Me besó los pies, se arrastró á mi alrededor y dió las mismas pruebas de desesperación que un perro á quien se le expulsa.

—Si no me acompañas—dijo por fin—te seguiré hasta el fin del mundo! ¡que se muera mi madre!

De este modo consiguió el diablo postergar mi marcha. Voy á contaros ahora cómo logró inutilizarme para las altas ascensiones.

Emprendimos el regreso á la ciudad. La ciudad es una máquina inventada por el infierno. Entreteje una red de calles, coloca carteles en que se leen nombres como "Progreso", "Civilización", "Trabajo". Estos carteles atraen á los imbéciles. Entonces el diablo nos envuelve noche y día con su hálito nauseabundo y los embriaga. Una vez borrachos permanecen enclaustrados hasta el día de su muerte en recinto de gruesas paredes, sin luz, sin aire, ni perspectivas.

—¡Ea!—me dije—¿qué mal me puede sobrevenir? Nunca es tiempo perdido el que se emplea en una buena obra.

Llegamos á tiempo para salvar á la anciana y tan pronto hube cumplido con mi voluntario deber me apresté de nuevo para la partida.

Sentí la necesidad imperiosa de escabullirme pronto de aquella vieja mansión con aspecto de tumba, y cuya atmósfera obraba ya sobre mi espíritu como un pesado narcótico. Por lo demás desde nuestro arribo, mi compañero me seguía á todas partes como una sombra y hasta la noche tenía que escuchar sus discursos.

Sabed que todo verdadero hombre gusta de pensar con su propia cabeza. Y la mía era robusta, lúcida; de modo que resolvía sin esfuerzo los más oscuros problemas del pensamiento. Pero mi compañero discurría tanto y con tal apresurada destreza que no me dejaba tiempo para asentar ninguna idea. Es ésta una tortura que muy pocos conocen. Del mismo modo que si os pusieran por delante mil luces, no podríais distinguir la estrella directora de vuestro camino, haciéndoos vacilar como un ebrio, así me atolondraban sus palabras temblorosas y cálidas.

—¡Déjame dormir!—le gritaba hoscamente, revolviéndome en el lecho.

—¿Te enfadas, hermano?—gimoteaba con humilde tono.—Bueno, si tú lo quieres. callaré.

Callaba. Pero entonces, en el silencio lo oía suspirar y gemir. El viento afuera remecía las ventanas y traía desde muy lejos ruidos lúgubres, ayes y trozos de canciones brutales. Entonces me sobrecogía en el espíritu un debilitamiento y algo indeciso que no podría explicar pero que sin duda no era más que el terror vago por un peligro que no conocía. Cuando conseguía dormirme, lo hacía bajo la mirada de mi enemigo, á quien presentía atisbándome en la obscuridad. Varias noches lo sorprendí en mi cabecera vigilando mi sueño.

—¿Qué haces ahí?—le preguntaba.

—Te veía dormir. Permíteme que te custodie también por la noche. ¡Es para mí un placer tan grande!

—¿Estás loco?... ¡Vete!

—¡Permíteme! hermano. Te besaré los pies...

—¡Vete, demonio!

Tenía que obligarlo á empellones para que se retirase. Ibase á arrinconar en el ángulo más oscuro y entonces no veía de él sino dos grandes ojos febriles sumidos en una masa gelatinosa, mitad carne, mitad sombra.

Una noche desperté con una sensación de asco, bruscamente. Lo encontré acostado en mi lecho, apretándose á mi cuerpo y llenándome de babas. De un salto me puse en medio de la habitación.

—¡Miserable!—grité á grandes voces.

Se encogió en ovillo y esperó la muerte.

No sé por qué no lo aplasté como una víbora. No sé por qué. Hoy no sería quizás el que soy. Sin duda que el corazón tomó cartas de nuevo en el asunto. Ya os he dicho que no debemos prestar demasiado oído al corazón. No sé si fué una vocecilla aflautada que salió de entre las sábanas, un débil murmullo implorante lo que detuvo mi mano.

—¡No me mates, hermano! ¡perdóname!... soy un enfermo... ¡te quiero tanto!... ¡Si bebo tu sangre es porque es tu sangre!...

—Bueno—le dije después de vacilar un instante—te perdono... pero mañana sin falta partiré.

Esa noche sentí sus sollozos hasta la madrugada.

Cuando ya me aprestaba para partir, volvió á colgarse de mis piernas. En balde lo rechacé varias veces con el pie.

—¡No te vayas!—suplicaba.—¡Si te fueras moriría!... ¿Serías capaz de irte?... Te he dado hospitalidad... En mi hogar has ocupado el primer puesto y te vas de este modo!... ¡Mira bien en la situación en que me dejas!... ¿De qué sirve haber dado la vida á mi madre si de nuevo la vuelves á destruir?... ¡Mira!

Si nos abandonarás cometerías un crimen tan grande que tus pasos se veían entorpecidos por el remordimiento. Así como levantar á la mujer caída para sumirla de nuevo en el vicio es mayor crimen que perderla cuando aún es inocente, así es mayor crimen que matarlo el disponer la vida de alguien que te la debe. En el primer caso eres homicida, en el segundo serás un parricida... matarás á tu hijo, á tu obra... ¡No me abandones, mi hermano!... ¡Sálvame! ¡sálvame!

Aquel ser me causaba repugnancia y piedad. Le odiaba ya con todas mis entrañas y algo más que la piedad me retenía junto á él. Había también en él un enigma potente y un algo de tan monstruoso que bastaba para impresionar mi naturaleza ávida de novedad. Por momentos deseaba beber hasta las heces la copa infernal. Fuí débil una vez más y esto constituyó mi pérdida.

Mi compañero me habló de nuevo al corazón. Dijo que necesitaba reconstituír su hogar y que sin mi apoyo nada podría hacer.

—Si tú no me ayudas, sucumbiré. Piensa en mi pobre madre á quien has salvado una vez la vida y que es necesario alegrarle sus últimos minutos... ¡Después partirás, hermano!

—Bueno—respondí—será la última vez que me impidas partir. Haré lo que mi pides y luego... ni el infierno ni el cielo podrán detenerme. Me espera mi labor... Es preciso también que seas prudente... Y no me llores más hermano!...

Me prometió más de lo que le exigía. Díjome que reformaría todos sus malos instantos, que á mi lado se encontraba capaz de convertirse en ángel.

Yo conocía el valor de sus promesas pero el enervamiento se iba apoderando de mi cuerpo y de mi espíritu. Por experiencia sabía que después de estas escenas quedaba aún más sujeto á la trampa. Aseméjábame á esos desdichados que se internan en nuestros pajonales engañados por su verdor y que cuando menos se piensan se hunden en un fango duro y elástico que forma como una compresa en torno de las piernas. Procuran sacar un pie y cuando ya se creen libres, ven que con el esfuerzo, el otro pie se ha hundido una pulgada más. Cuando el barro los oprime hasta la cintura, llegan las sanguijuelas para chuparles la sangre.

Como yo no tenía fortuna para ayudar al sustento del hogar y no contaba más que con mi cuerpo, me fué necesario enajenar mi cuerpo. ¿Sabéis lo que se llama "ganar la vida"? "luchar por la vida"? ¡Ah! Bien veo que vuestros rostros imberbes no poseen aún las hondas huellas de esa garra que los hombres llaman "trabajo por el pan"! Pero ninguno se librará de buenos tumbos que os producirán la cojera... ¡como á mí!

Sólo puedo deciros, mientras tanto suene la hora, que aquello me hace la impresión de un campo sangriento, monótono, desolado, en que nada se ve en torno, sino tinieblas, en donde danzan innumerables pupilas abiertas, fuertes dientes y manos crispadas. Avanzáis, queréis coger algo, y apretáis tan sólo el vacío. Avanzáis, y sentís á vuestra espalda el escozor de una mordedura. Avanzáis aún y caéis en un abismo. Carcajadas estridentes retumban en vuestro oído y una danza diabólica os hace perder la noción de la vida. Si por fortuna lográis coger un puñado de oro notaréis que revuelto con las pepas doradas vienen escorpiones y avispas...

El desaliento os invade y la impotencia, ante esa hidra de cien cabezas, os hace volver los puños hacia vuestros propios dientes. ¿En dónde los bellos senderos floridos, los caminos de luz y perfumes? ¿En dónde mis serenas montañas?... ¡Las tinieblas os envuelven!

He ahí donde mi enemigo me condujo. Vencido por las tinieblas caí en un letargo profundo.

Cuando desperté era demasiado tarde. Mi enemigo había aprovechado mi sueño para conseguir sus propósitos. Un dolor agudo en la pierna me hizo lanzar un grito.

—No te muevas—me dijo el malvado—te hemos hecho una pequeña amputación. No será nada...

Quedé petrificado de terror. Frente á mí, colgado siniestramente de una percha, había un esqueleto humano.

—He comprado este esqueleto—me explicó.—Con algunos pequeños arreglos creo que podré adaptarlo á mi cuerpo.

Mientras hablaba no dejaba de trajinar en torno de una mesa de mármol.

—Ya ves,—agregó—estoy desembarazando la carne de tu linda pantorrilla. Ha sido una suerte, hijo... Faltaba el pie y la tibia izquierda. La tuya le encajará á maravillas.

Con diabólica alegría levantó ante mi vista el miembro mutilado. Comprenderéis cuál fué mi desesperación. Venciendo el dolor de mi herida me abalancé sobre el monstruo y lo aplasté bajo mis puños. Creí haberlo muerto. En seguida, arrastrándome por los pasillos, ayudado de mis brazos y de mi pierna sana conseguí huir de aquella negra mansión. Desde entonces estoy libre. En lugar de mi pierna antigua he colocado este miserable trozo de madera. No me sirve para escalar montañas: en cambio puedo valerme de ella para hacer sonar mi desgracia en el oído de los que se olvidan de que hay miserias en la vida. Yo soy la cojera de la humanidad. Cuando suena mi pata coja en el pavimento, sobre las alcantarillas, en la alta noche, los poderosos despiertan de su quinto sueño para preguntarse inquietos:

—¿De dónde viene ese ruido?

Y el sobresalto penetra en sus almas. A vosotros mozalbetes imberbes, os recuerdo que si no sois cojos, podéis serlo, y más que seguro es que lo seréis. Pocos son los que escapan de las garras del diablo. Y yo os digo que es una terrible enfermedad la cojera. Se deforma el cuerpo y el espíritu. Vuestra vista percibirá cojos los objetos, cojos serán todos vuestros semejantes, y coja la naturaleza entera.



LA CONVALECIENTE  
CUADRO DE WALTER FIRLE



# La profesión literaria en España

(Anotaciones para un estudio)



UEDE asentarse como un hecho el que la mayoría de los hombres de letras se ha levantado desde las filas del pueblo ó de la clase media. Desde Homero, que allá en la mañana esplendorosa de la cultura helénica, cantó como una rapsoda errante é indigente las magníficas estrofas de su *Odisea* y de su *Iliada* hasta los dulces trovadores que en la noche medioeval, en aquella larga era de renunciación y de sopor hicieron florecer la sonrisa bienhechora de sus cantos sencillos en las penumbras melancólicas de los castillos señoriales, los artistas que deshojaron las flores de su inspiración, si bien no pocos recibieron los beneficios de la protección real ó del apoyo privado, nacieron y vivieron en la celda estrecha y lóbrega de la pobreza pecuniaria.

En aquellos viejos siglos, en que las revueltas intestinas y las guerras con el extranjero, monopolizaban las preocupaciones de los estados todos, la importancia de la labor intelectual, tenía un rango secundario.

En España, las guerras inspiraron muchos de los primeros documentos de su gran Literatura y, como las armas reclamaban con imperio y sin descanso las energías de la nación entera, fueron sacerdotes y plebeyos durante mucho tiempo los cultivadores de las artes.

Clérigos oscuros y desconocidos, hicieron escuchar los ecos de sus liras y fueron anónimos y humildes los cantores que celebraron las proezas de los héroes en los versos vibrantes de los Romanceros, que vulgarizaron las hazañas grandiosas del Cid y de los patriotas posteriores.

Apartando á los que por razón de su estado religioso estaban más ó menos libres de hacer frente á las exigencias de la vida, los otros laboraron su ruda, pero hermosa poesía en el peñón de la pobreza.

Cierto que muchos de los poetas que surgieron en aquella edad lejana adquirieron amplísimo renombre; cierto que los rodeó una atmósfera de simpática popularidad; pero la fama, no siempre ha redimido de la esclavitud de la miseria.

Desde el siglo XIV al XVI, se nota que los escritores en España ó son sacerdotes ó son empleados públicos: soldados, profesores ó cronistas oficiales. Escasísimos fueron los que trabajaron dentro de las regalías de una situación holgada, como el Rey Sabio, como el Infante Juan Manuel, como el Marqués de Santillana. En los días del reinado de don Juan II, el cultivo literario era un timbre de honor y de orgullo; pero él servía sólo á manera de brillante condecoración: era un adorno glorioso que no daba pan. Esta situación se hizo peor durante los gobiernos de sus sucesores, que no tuvieron su cultura ni se sintieron arrastrados á favorecer las letras.

La pobreza de los escritores fué general y proverbial en aquellos lustros de atraso y conmociones militares.

Ni aún en el siglo de oro, en que el pueblo acogió con transportes de ruidoso delirio las composiciones dramáticas, tuvieron los autores de ellas el galardón de la fortuna. En las centurias anteriores habian surgido espíritus generosos que á ejemplo de Mecenas tendieron sus manos á los artistas indigentes; ahora, en el siglo XVII, en que aumentaba el entusiasmo por las letras y en que la producción intelectual se tornaba cada día más intensa y más valiosa, habría más aplausos y laureles para los hombres de talento; se ejercería una protección más decidida de parte de monarcas y magnates; pero los escritores, con mayor suma de glorias y de consideraciones, seguirían siendo pobres, siempre vetando á la sombra del sacerdocio místico, de favores privados ó de puestos públicos.

Los que se dedicaron á escribir para el teatro, los que por medio de sus obras se colocaban con las multitudes en contacto estrecho é íntimo, los que supieron imprimir á sus lucubraciones en su argumento y en su parte externa, un rumbo que se orientaba en el sentido de las líneas directivas del gusto popular y el sentimiento colectivo, fueron los que mejor provecho consiguieron en su carrera literaria.

Los demás, los líricos, se alejaban del pueblo por la índole de su labor. Al alma de éste, dicen poco las elevadas abstracciones mentales; las sutilezas y los símiles de la poesía, menos aún la de ese tiempo, influida de una manera profunda por las afecciones alambicadas de la tendencia culterana. Hasta los que trazaron

en el anterior y en el siglo de que hablamos, producciones con honores de poema épico ó leyendas en verso que alianzaron amplia boga, pagaron su tributo á la pobreza. El gallardo cantor de las hazañas araucanas, don Alonso de Ercilla, vivió sus años últimos "arrinconado en la miseria suma", como lo expresa su estro mismo.

También el resto de los escritores quedaba distanciado del pueblo, que, más que nadie, discernía renombre y que, al hacerlo, señalaba indirectamente á los señores opulentos cuáles eran los más dignos de su amistad y protección.

Aún los dramáticos más famosos, todavía dentro de las prebendas inherentes á su condición eclesiástica, se vieron acosados por apuros y estrecheses. Entre ellos, Lope de Vega, el Fénix de los ingenios, como lo deja ver en una de las cartas que dirigió al duque de Sessa.

Si la munificencia real ó privada no hubiera estado abierta en la forma que estuvo para estos escritores de la edad de oro y si á esto no se hubiera agregado el hecho de haber sido casi todos sacerdotes, la lucha por la vida habría absorbido sus mejores esfuerzos y esterilizado en labor prosaica y subterránea las egregias energías de sus espíritus preclaros.

Doblemente penoso es el caso del autor del *Quijote*. Cervantes que consagró casi todo su tiempo á hacer frente á los azares de una batalla sorda y cruda con la fortuna esquiva y tornadiza, habría dejado á la posteridad monumentos literarios más insignes que su libro, si hubiera entregado por completo al cultivo de las letras, las actividades luminosas y potentes de su intelecto incomparable. Cuando halló el descanso ingrato y triste de una cárcel sombría y helada, cuando la prisión le abrió un paréntesis de reposo obligado, Cervantes pudo dedicarse á la vendimia de las vides de su alma y exprimir en el cáliz de su estilo primoroso, el licor ardiente y exquisito de su regia fantasía.

Los continuadores de la obra de los seis grandes dramáticos del siglo XVII, sufrieron todavía privaciones mayores. De ellos, Guillen de Castro, aunque de ilustre familia, obtuvo pensiones del Conde-Duque de Olivares y se le sepultó de limosna en el hospital de la Corona de Aragón y Luis Vélez de Guevara, el autor famoso de *El Diablo cojuelo*, á causa de su pobreza, fué graduado gratis como bachiller en la Universidad de Osuna y aunque protegido después por Felipe IV y algunos hombres ricos de la época, vivió hasta su muerte "solicitando mercedes y socorros" como lo demuestra Pérez y González en un artículo sobre el poeta.

Produce dolor y asoma á los labios como una voz de protesta, pensar en que los espíritus más eminentes de un pueblo, hayan tenido que vivir á expensas de la filantropía de mandatarios y benefactores. Sin embargo, esa caridad mezquina y humillante algunas veces, casi siempre cordial y silenciosa, evitó que las jornadas por el sustento cotidiano, arrebataran á las artes á sus cultivadores más felices. Porque hay que considerar que el hecho de ser clérigo, no libertaba por completo de los apremios económicos.

Sin aquella filantropía de que hablamos, los que fueron los grandes triunfadores en las letras, talvez habrían constituido un grupo doloroso de vencidos por la vida.

El siglo XVIII, siglo de decadencia, que aportó al haber literario una cuota pequeña, pero de algún mérito, fué más ó menos como el anterior para los literatos. Los escritores que recibieron órdenes sacerdotales, no se vieron tan necesitados como los seculares. Pero la pobreza fué patrimonio de unos y otros, sin alcanzar por cierto para ambos las duras inclemencias de los siglos precedentes.

Puede decirse que en las postrimerías del siglo XVIII se dignificó bastante el rol del escritor y que en la centuria que antecede á la presente, se elevó en forma considerable la importancia de la labor mental.

El avance permanente de la civilización, ha ido, poco á poco, evitando el espectáculo de la inteligencia desvalida. Los hechos de este género que constituyeron algo normal y corriente en otras épocas, se van haciendo cada vez más aislados. Por otra parte, el afianzamiento de la paz, más efectivo cada día, ha abierto espacio al desenvolvimiento del progreso y la cultura. España ha descansado de las guerras incasantes y disturbios internos que por largo tiempo han requerido sus fuerzas y sus preocupaciones. En ella la instrucción ha hecho luz en las conciencias y ha venido sugiriendo en lenta obra, el verdadero valor de la misión intelectual de los poetas y escritores.

Desde los últimos decenios del siglo próximo pasado, el periodismo se ha venido convirtiendo en un severo sacerdocio; la es-

peculación literaria en labor elevada y ennoblecedora y las tareas del investigador científico é histórico han venido adquiriendo las altas proyecciones de un trabajo excelso y enaltecedor.

Los aristócratas no desdeñaron la labor literaria. Estirados magnates y Ministros, desentendiéndose de las ocupaciones de sus graves cargos, se consagraron al arte con tesón infatigable. Jovellanos, el duque de Rivas, Martínez de la Rosa, en un principio y después Ayala, el marqués de Molins, el conde de Toreno y muchos otros, alternaron momentos de sesudas reflexiones políticas y de faenas administrativas con otros de delicadas efusiones sentimentales en prosa ó en verso.

Así se conseguía un triunfo: el político y el artista pudieron coexistir sin menoscabo para ninguna de las dos entidades y con ello, se elevaba la jerarquía social del que se dedicaba á cultivar las letras.

Sin embargo, esto y la extensión cada vez más vasta de la obra civilizadora de la educación, con promover un movimiento de orientación favorable para los literatos, no levantó á todos estos de su situación de escasez tradicional. A ello contribuyó más que nada el Romanticismo.

Los que formaron en sus filas, sintieron desdén por el dinero. No aspiraron á que la pluma les diera más de lo que necesitaban para vivir sin hambre, aunque muchos la padecieran con intensidad.

La vida bohemia, desarreglada y vagabunda, alejó de los románticos la idea del hogar y la familia. Aquella legión de vates, perezosos y trasnochadores, "domiciliada al aire libre y consumidora de las judías del tío Lucas", como dice Flores y García, no podía pensar en el dinero, sin envilecerse y rebajarse ante sus propios ojos. Les bastaba á todos con las sumas escasas con que en las Revistas y en los diarios se pagaban sus versos ó sus prosas. Con ellas sufragaban los gastos que exigían los parlamentos que formaban en aquel recinto que don Juan Nicasio Gallegos llamó el Parnasillo y que describió con pluma insuperable Mesonero Romanos en sus "Memorias de un setentón" y pagaban las copias que consumían en la taberna más barata; de la cual se retiraban cuando cerraba sus puertas, para continuar la reunión en la que las abriera primero.

Sería un tema interesantísimo trazar la psicología de aquel grupo fraternal y bizarro de soñadores incorregibles. Falta en España un libro que sea la historia de esa muchachada, una obra como la de Enrique Mürger, que inspiró *La Bohème*.

Aún los románticos de aquellos años que más virtudes demostraron, vivieron, no sólo en la juventud sino en la edad madura, siempre pobres y necesitados. Zorrilla, por ejemplo. Este gran poeta, que fué de los que acaudillaron la caravana, de los que influyeron más en la estética literaria de su época, vivió en el marco estrecho de una pobreza inexplicable. Fué él acaso el vate que más ganó en aquellos tiempos. Su gloria y su popularidad, dieron valor inusitado á sus estrofas. Don Gaspar Núñez de Arce, dice en un artículo sobre el poeta: "Por cada verso de los primeros tomos de poesías que publicó después de su brillante aparición en la república de las letras, le pagó el editor don Ignacio Boix, una peseta, precio que en aquellas circunstancias calamitosas, en que la guerra civil ardía de un extremo á otro de la Península, sino excesivo, era, por lo menos inacostumbrado". Además recibió Zorrilla grandes sumas por sus libros posteriores, obsequios valiosos y donativos de importancia. La dedicatoria de su poema *Granada*, le valió un regalo de ocho mil duros; en Méjico fué remunerado su empleo—creado para él—con opulenta esplendidez y, sin embargo, cuando volvió á España, estaba tan empobrecido, que las Cortes aprobaron sin debate una pensión para el artista. Mientras ella se despachaba definitivamente, cosa que retardaron las agitaciones de la época, la duquesa de Medina-Celi y la condesa de Guaquí, con dinero propio y de otras damas españolas, dieron periódicamente á Zorrilla una suma equivalente á la fijada por las Cámaras.

Conocidos estos hechos ¿por qué el poeta vivió pobre? Sus biógrafos reconocen que su vida fué ejemplar y que nunca se notaron en él inclinaciones dispendiosas. Y entonces ¿por qué pasó todos sus años en situación vecina á la indigencia y tuvo antes de morir que mandar al Montepío la corona que la admiración agradecida de una población entera colocó sobre sus sienes? La pobreza de Zorrilla fué un misterio para sus contemporáneos. "A nuestro modo de ver, ella encuentra su justificación más acertada en la influencia romántica del menosprecio por el oro. El mismo Zorrilla, al incorporarse á la Academia, deja de manifiesto esa influencia al expresarse de este modo:

¿Qué ha de hacer con el oro y con la gloria  
alma de envidia y vanidad exenta?  
si en mi hogar no hubo padres y no hay hijos!...  
¿Para qué quiero yo gloria y riquezas?...  
¿No me habléis de caudal hecho con cálculos,  
números no metáis entre mis letras!  
Yo le engendré y vendí á "Don Juan Tenorio"  
por no perder el tiempo en echar cuentas.

El desprecio por la fortuna fué común á casi todos, por no decir á la totalidad, de los poetas de ese tiempo. González y Serrano, en un boceto biográfico de Campoamor, pone en boca del autor de las *Doloras* expresiones como ésta: "Yo tengo el honor de despreciar la gloria y el dinero".

Y como Zorrilla y más que él fueron pobres las figuras más salientes del Romanticismo. Así, Espronceda, dentro de su existencia atropellada y azarosa y Bécquer, en la melancólica y resignada tranquilidad de su desgracia sin remedio.

Hubo, sin embargo, quienes por razones de carácter—Núñez de

Arce, entre ellos—se dejaron influir muy poco por las ideas en boga. También es cierto que fué calmándose aquel delirio arrebatado del Romanticismo. Fué entibiándose aquella volcánica llamarada, aquella pasión candente é íntima, que hiciera desvestirse sus hábitos al padre Arolas. Además, el frío, el hambre, la miseria—aunque aceptados voluntariamente, tienen que despertar á la realidad vulgar é ingrata de la vida, á los que tratan de vivir de ensueños. Naturalmente era factor que concurría también como disciplina moral, la cultura científica cada vez más extendida.

Los siglos anteriores habían resumido su experiencia al respecto en la conocida y pavorosa frase: "los poetas se mueren de hambre". Y se habría seguido cumpliendo esta sentencia si aquellos intelectuales de vida inquieta y aturdida, sus mentes más equilibradas por los años y las decepciones, no hubiesen echado por la vereda de los ideales serenos y las ambiciones legítimas.

Disponían de talento y luego descollaron en la familia española. Fueron miembros del Parlamento, fueron Ministros del Estado; pero sin dejar la pluma. Principiaron á preocuparse tanto del cielo como de la tierra. Pronto la tarea del escritor se hizo merfísima y envidiable, y, al fin, llegó á constituir una escala sólida y segura para llegar á las alturas del poder y la riqueza.

Cuanto no llegaron á las más altas cimas desde muy abajo, merced á su intelecto! Bretón de los Herreros, de modestísima familia de Quel, llega á ser secretario perpetuo de la Real Academia y director de la Biblioteca Nacional; don Juan Eugenio Hartzenbusch, hijo de ebanista y obrero como sus padres en su juventud, es al cabo de poco tiempo una figura literaria de poderoso relieve y jefe de un importante establecimiento fiscal; don Antonio García Gutiérrez, de padres artesanos y tan indigente que tuvo que traspasarse á pie á Madrid, donde luchó rudamente, hasta que el estreno de *El Trovador*, aquella noche memorable en que por primera vez á instancias del auditorio se presentó un autor en el proscenio (para lo cual tuvo que facultarle su levita don Ventura de la Vega), le abrió la puerta de la fama y el prestigio, que lo llevaron á la jefatura del Museo Arqueológico; don Eugenio Florentino Sanz, llega á los altos puestos diplomáticos después de haber pasado noches de nevascas y humedad sobre los bancos del Prado, cuando se declaraba en sus estrofas:

amante sin amor, ave sin nido  
con su esperanza en humo convertida;

don Antonio Canovas del Castillo, sube paso á paso la cuesta de la celebridad y la riqueza, desde su situación desamparada de humilde malagueño. ¡Y tantos más!

La modestia de la cuna no significaba nada. Los hombres de verdadera inteligencia iban llegando, sin protestas, a los puestos más elevados de la administración nacional. La intelectualidad hallaba amparo caluroso en el Gobierno de su patria. Y tenía que acogerse á él porque la pluma, por sí sola, no conducía á la fortuna. Ni siquiera daba los medios necesarios para la diaria subsistencia. De esta manera los escritores tenían que someterse á la servidumbre de una ocupación fiscal.

Se había adelantado mucho á los anteriores siglos, en que casi todos los intelectuales se vieron obligados á buscar el apoyo de los nobles ricos. Ahora, los escritores laboraban en una condición holgada y digna, correspondiente á sus méritos. La protección, en buenas cuentas, les venía del pueblo entero, á quien honraban. Con todo, tenían que ser subordinados para poder vivir. Así, el calificativo de "escritor", se convertía en título decorativo: no daba para alimentarse...

Las cosas subsistieron así no poco tiempo; pero el siglo XIX no expiró sin iniciar una era mejor para los intelectuales. Estos iban subiéndose cada día nuevos tramos en la escala de las consideraciones sociales y las simpatías públicas.

Los escritores de novelas por entregas, obras que las gentes recibían con voracidad famélica, pudieron vivir de su pluma, aunque pobremente, porque fueron víctimas eternas de la usura insaciable de los editores. Aquellos escritores fecundísimos contribuyeron á hacer más honda la afición por la lectura y son como los precursores de los literatos profesionales.

Estos, sin embargo, aparecen plenamente en el siglo actual. En España se hacen cada año más numerosos. Son ellos literatos, nada más que literatos y viven de su labor. Ha surgido así, como una resultante de la cultura moderna, lo que podríamos llamar "la carrera literaria". Para abrazarla, sólo se necesita talento y también constancia y paciencia. Al éxito que consagra no se llega sin esfuerzo. Hay que hacer á veces antecelas prolongadas. El talento verdadero, al fin y al cabo, se impone.

Claro es que no hablamos de los intelectuales que, como Menéndez y Pelayo, Pidal, Altamira, Posada, Unamuno, han sido principalmente profesores ni de la falange que se dedica al periodismo, todos los cuales, son como los hombres del cerebro de oro de que nos habla Daudet. Circunscribimos estas líneas á los que se dedican al arte escrito, á los que laboran libremente, sin sujeción á remuneraciones fijas.

Con talento, con gusto, y además con fe y confianza, han entrado no escasos artistas por el camino de la profesión literaria. Decimos con fe y confianza, porque á muchos de ellos no los arredraron las dificultades y pobreza que los asaltaron en su noviciado. Léase lo que refiere Dicenta, el admirable autor de *Juan José* en un escrito trazado con ironía cuando se descubrió en una agencia la corona de Zorrilla:

... "¡Ah, las coronas! Yo tuve una de plata con botoncitos de oro y dos cintas de vara y media, en las que se me llamaba eminente (creo que era eminente) y tuve una casa y un casero, y

no tuve dinero para satisfacer el recibo... lo traía el casero en persona... Entramos juntos en mi despacho.

—No tengo dinero—le dije.

—Pues si no me paga usted, le pongo los trastos en la calle—respondió el propietario del inmueble.

—Hombre, espere usted unos días—le interrumpí yo.

—Hombre, no espero—interrumpió él.

—Pero si no tengo! Si hubiera algo de que echar mano...

—¿Y esa coronita?—repuso el hombre del recibo.—Me parece que bien le darían los 12 duros que vale el alquiler del cuarto. Empéñela usted, ¡Bienvenidos los bienes que de apuros nos sacan!

—Tiene razón—pensé yo.

Y sin lágrimas en los ojos, sin cursilerías de ninguna especie, descolgué la corona y la llevé á una casa de préstamos. Las cintas me las devolvieron. El "eminente" no valía ni un ochavo..."

Sin embargo, por esos mismos años, según una biografía de Dicenta, escrita por José Juan Cadenas, se da el dato de que *Juan José* le dió á su autor en dos años más de veinte mil duros por derechos de representación. Hoy la situación de Dicenta, ilustre y respetado, es muy distinta á la de entonces. No debilitaron su entusiasmo las penurias del principio y así pudo vencer. A doña Emilia Pardo Bazán, le han dado sus libros más de setenta mil duros, por confesión de ella misma, suma que, si no alcanza á constituir una gran fortuna, no es pequeña para ser conquistada con el sólo trabajo intelectual. Don Benito Pérez Galdós, el indiscutible maestro, ha ganado grandes cantidades con sus numerosos libros, cuya venta en España y en América, es profusa como pocas. El egregio gallego don Ramón del Valle-Inclán, en consagración constante y afortunada al arte, tiene también recompensas pecuniarias de considerable monto. Jacinto Benavente, el preclaro dramático, ha hecho del cultivo de las letras su exclusiva profesión y sus inúmeros trabajos, aquilatados siempre en su valor altísimo por sus paisanos, le han dado aplausos entusiastas y beneficios económicos de gran cuantía. Seraffín y Joaquín Álvarez Quintero, han dedicado el total de sus alientos incansables á dar forma á sus geniales creaciones y después de cruzar la montaña erizada y difícil, caminan hacia la riqueza coronados de laureles.

Pero talvez el ejemplo más característico de cuanto puede en España la fuerza de la inteligencia, lo ofrece el novelista don Vicente Blasco Ibáñez. Hijo de comerciantes valencianos, pobre y obscuro amanuense de aquel gran viejo que se llamó Fernández y González, vió pasar inadvertidas sus novelas primeras; pero latían en su espíritu las energías poderosas de un pujante luchador y en brega brava y ruda, venció al Destino y ascendió á la cumbre. Blasco Ibáñez, merced á las iniciativas de su naturaleza briosa y entusiasta, ha conquistado una fortuna y en gloria y en dinero, llegará la situación que sus anhelos ambicionan.

Y como todos los nombrados, siguen la carrera literaria con

éxito creciente Manuel Linares Rivas, Zamacois, Felipe Trigo, Baroja, Azorín, Martínez Sierra y muchos otros.

Como en la lucha por la vida triunfan los seres mejor organizados, en el combate por el renombre literario, sólo consiguen la victoria los de aptitudes más esclarecidas y de carácter más tenaz, quedando rezagada, en tristísima derrota, multitud de medianías, de lunáticos y de apocados. Blasco Ibáñez, de una manera magistral, encarna el fracaso en Isidro Maltrana, el héroe de *La Horda*.

Y es que, para triunfar, si se tiene inteligencia, no hay que abandonarse por completo en brazos del idealismo, ni llevar la vida en un sentido puramente helénico. Hay que vivir dentro de la realidad de la época en que se nace y se actúa. El escritor, para alcanzar el triunfo, no necesita talento solamente, nó. Tiene que adunar en su alma la idealidad del artista con la rudeza del hombre. Tiene que equilibrar la delicadeza con la fuerza, la ilusión con el nervio; la fantasía y el sentimentalismo con el empuje y la virilidad. Tiene que entrar á ser partícula en las corrientes formidables de la vida moderna, con su quimera intacta, con su ideal completo, llevando luz en el cerebro, calor en el alma, vigor en el músculo y poder en la voluntad.

Para triunfar hay que ser hombre y artista; bajar el arte de las esferas del idealismo puro, de las vaguedades y de las inconsciencias románticas para amalgamarlo con las asperezas y las vulgaridades de la tierra. Charles Morice ya lo pedía al aconsejar la alianza de la poesía con la vida.

El verdadero naturalismo moderno, el que reproduce la realidad dentro del arte, proviene en España de esa pléyade de escritores nombrados, de esos hombres y artistas que han levantado una bandera de profesión intelectual.

España, debido á la protección que dispensa á sus escritores y por la cual en ella surge y se afirma "la carrera literaria", contempla hoy en sus lares un enorme y grandioso movimiento artístico que la enaltece y que la honra. Todas las modalidades de la producción mental, tienen en la Península un amplio desarrollo.

Pero lo más hermoso es que junto á las otras, se arraigue y consolide la profesión de literato; es que, sin servidumbres de ningún linaje, pueda el hombre de talento ocupar, con el orgullo y la altivez que debe, el peldaño elevado y visible que reclaman sus impulsos de luz y de bien.

Después de tantos siglos, las letras se han impuesto por fin como elemento primordial de cultura, como factor que contribuye de un modo poderoso al perfeccionamiento moral de la humana especie. Por eso, sus cultivadores y sus apóstoles, merecen la alta honra que los pueblos les otorgan en el actual momento de la civilización.

Ha sido una gran conquista de los últimos tiempos "la carrera literaria". Lo que fué una utopía secular es hoy un hecho que se generaliza. Gran conquista es poder vivir de la pluma, en noble independencia, en el decoro social que al escritor le corresponde.

GUILLERMO MUÑOZ MEDINA



LA PAZ

PUVIS DE CHAVANNES

# JULIO LAGAE

En la joven escuela de escultura belga, junto á los grandes muertos y á los vivos ya célebres, debemos colocar en primera fila á Julio Lagae: su obra es una de las más reveladoras de la raza así como del pensamiento flamencos.

La primera vez que le encontré fué en la Exposición de Lieja, y allí, en esa provincia walona tan próxima á la suya, me pareció fuera de lugar. Durante largo tiempo conservó una serenidad si-

lenciosa, en tanto que sus ojos azules se iluminaban con fulgores apacibles. Luego, poniéndose más confiado, se entregó á una cordialidad superflua sin exuberancia banal, con los pudores de un alma que conoce el valor de las confidencias y tiembla de ser mal comprendida. Pocas confesiones de artistas me conmovieron más profundamente. No olvidaré nunca su voz sorda, encantadora. Me evocó los recuerdos de su infancia, allá en Roulers, en el bajo Flandes; y con qué emoción me describió los techos de la ciudad natal á la luz del amanecer, las aguas grises del Luyt, en la época del lino, los grandes bosques leonados y perfumados de la primavera de San-Bavon. Con cuánta ternura me refirió las intimidades de la casa paterna en el pueblo dormido, donde transcurrió su juventud pobre, durante la cual fué tan duro su aprendizaje en el taller de un fabricante de estatuas religiosas. Luego me confió su juventud y su piadoso agradecimiento para con los viejos maestros del país que habían despertado sus primeros ensueños, sus entusiasmos en el hospital de Bruges, y sus éxtasis en Gante, en presencia de la *Adoración del Cordero*.

Soñaba, al escucharle, en esos artistas que lucharon contra el feudalismo y el extranjero.

Tenía ante mí uno de esos obreros de trombas formados



MIS PADRES

las, de su visión. Estudió á los maestros toscanos con piedad fervorosa pero razonada.

Me guardaré bien de analizar en qué medida sutil, la revelación de la estatuaria florentina influenció el talento de Lagae. Cierta sello ligero, ciertas asimilaciones imponderables no encuentran palabras que las expresen. Todo cuanto puedo constatar es que la personalidad del joven belga resistió al embrujamiento de Bargello. Encarnizado en el estudio de los procedimientos, descubriendo el misterio de los técnicos, probó el encanto de tantas formas exquisitas: fué encantado pero nó encadenado. A lo sumo podría decirse que su realismo juvenil y fogoso se atenuó en suavidad.

Parece haberse entusiasmado, en un principio, con el sobrio Donatello, siempre preocupado de los grandes efectos sumarios, pero pronto el recuerdo de las grandes tradiciones flamencas, de las lecciones de Claudio Sluter, le hacían preferir al idealismo del autor de San Jorge, la preocupación de verdad escrupulosa que vibra en los toscanos del siglo XV. Por la fidelidad implacable de su dibujo, Desiderio de Settignuesno, Rossellino, Mino de Fiesoli y Benedetto Maiano le cautivaron.

Enseñáronle cómo se inscriben sobre un rostro todos los instintos de un pueblo, todos los secretos de un corazón, todas



LAS CUATRO EDADES

por Broerlam, Von der Veyde ó Pedro Beckers.

+

Alumno de la Academia de Bellas Artes de Bruselas, Julio Lagae obtuvo en 1888 el premio de Roma. En el año siguiente iba á Italia, no sin haber antes meditado en Dijon ante esos rudos rostros esculpidos bajo el cielo de Francia, por Sluter y sus amigos. En seguida Lagae se detuvo en Florencia, y habitó durante varios años. Ya se encontraba seguro de sus fórmu-

las pasiones y las noblezas de la idea. Cómo sabían, mediante la acumulación de los más ínfimos detalles, elevarse hasta las más altas síntesis. Cómo sabían extraer la felicidad de una sonrisa materna la ingenuidad de una mueca infantil, la sensualidad de una nuca de mujer. Y cómo en sus ancianos la arista muelle ó aguda de los perfiles, lo saliente de los pómulos y las arrugas de los párpados, las mejillas sueltas y los labios contraídos, las miradas afebradas ó mortecinas, traducen la energía, la torpeza ó el orgullo. Las efigies soberanas de esos maestros dieron á nuestro escultor sus medios definitivos de expresión.

El primer envío de Lagae fué el grupo de la *Expiación*, hoy día en el Museo de Gante, inspirado en una leyenda de la Edad Media. Condenados por un crimen vergonzoso á peregrinar á la Tierra Santa, dos ancianos, como harapos humanos, vuelven á la tierra natal en donde nadie los espera. El dolor de esos réprobos está pintado de manera emocionante. Toda la inteligencia se ha retirado de sus fisonomías y sus cuerpos se doblegan al peso de los años. Cómo han perdido hasta la conciencia de su destino, hasta el recuerdo de sus culpa, solamente el instinto y el miedo les guían. Esas anatomías arruinadas, tan dramáticas, atraje-



EL GENERAL SAAVEDRA



MONSEÑOR GOOSENS

ron la atención sobre el escultor y le valieron las más justas alabanzas.

Lagae ha conquistado ya el puesto que le correspondía. Rodín acababa de exhibir una estatua de parecido asunto, y se pudo notar las semejanzas que entre uno y otro había.

La obra que siguió, la *Abandonada* ignoró esas críticas. Anonadada al pie de la Cruz, en un abandono de todo su ser, una pobre muchacha expresaba, sin gestos melodramáticos, la fe sumisa con la cual los humildes de su país acogen la desgracia. En la humana pintura de aquella miseria, Lagae, se había confiado sencillamente á la emoción de su corazón fraternal y humano.

Pero en donde el artista afirma su personalidad no es ni en la *Expiación*, ni en la *Abandonada*, ni en su *San Juan*.

En la serie de retratos proseguida sin descanso desde su vuelta de Florencia y de Roma, en donde hallamos toda la característica y el vigor del admirable talento de Lagae. Quiso primeramente fijar los rasgos de la compañera que había afirmado su fe en la vida. Y tenemos la esposa cuyos cabellos en *bandeaux*, encuadran un rostro sereno y sensible. Por un instante ha interrumpido su ensueño y en su inquietud de madre, sus ojos melancólicos investigan el porvenir, expían los peligros que una vigilancia lúcida, atestiguada por una hermosa frente, sabrá conjurar. En sus manos afiladas y pensativas que se creería dibujada por Von der Veyde, se nota el sello de su personalidad.

Vienen, en seguida, los retratos de sus niños: el artista les ha modelado como *Desiderio*, con el tono amable de los maestros toscanos.

✦

Una vez que Lagae vuelve á Bélgica, inmediatamente paga la deuda á los viejos padres á quienes debe la luz. Y esculpiendo con piedad enternecida esas queridas imágenes,

cantó á la Flandes un himno de agradecimiento, embriagado. Su padre, con la blusa del domingo, su madre con atavíos de dama campesina, con el bonete y la capa de antaño y con la vieja joya de las abuelas sobre el pecho, fué á colocarse delante de su hijo. El anciano es grave á la par que reposado; sobre su figura afeitada se ostenta ruda benevolencia, el orgullo aldeano de una existencia laboriosa, y sin reproches. Su mujer le da el brazo, y sobre el rostro de la anciana irradia con infinita bondad el sentimiento del deber religiosamente cumplido. Bajo sus cabellos blancos se le adivina tan cándido, tan ignorante del mal como en el día de su noviazgo. En esa hora sueña en el pasado; recuerda los tiempos en que refería á su pequeñuelo las leyendas floridas de West Flandes. Y sin embargo, se encuentra á su vista y es un gran escultor contemporáneo, del cual se siente feliz y orgullosa. Sin embargo, en ambos esposos una preocupación se impone: están profundamente interesados en colaborar á la obra de su hijo en una prudente inmovilidad.

No creo que sea dable permanecer indiferente en presencia de una obra como *Vader en Moeder*, que parece una punta de plata de Holbein, escrupulosa como una mina de plomo de Ingues. Todo se encuentra elocuentemente expresado en esa página: el amor y el respeto filiales, la intimidad de los antiguos años, la fidelidad al suelo, la grandeza de la vida tradicional. Tendría mucho trabajo si para medir la emoción resentida debiera buscar en la literatura términos de comparación. Quizás pensaría en alguna de esas evocaciones de sensibilidad directa de Erkman Chatriau, que agitaron nuestra juventud, y despertaron lo que persiste en nosotros de mejor. Ese grupo llama los recuerdos que son la fuente de nuestros eternos sentimientos.

Una vez que hubo colocado en su hogar esas imágenes sagradas, Lagae pensó en los amigos que habían ennoblecido sus sueños y guiado su vocación. Tuvo el triste consuelo de poder modelar el busto de Dillen durante la última en-

fermedad del maestro y supo expresar el noble pensamiento de ese fino escultor, el orgullo estoico de una carrera dolorosa proseguida hasta la muerte sin una sola queja. Poco después, la ciudad de Courtrai encargaba á Lagae el busto de Guido Gezelle, ese poeta escasamente conocido, en quien parece reflejarse el alma de la Flandes contemporánea. Realista y místico como sus antecesores, el abate Gezelle ha

compuesto en honor de la tierra natal suaves letanías rurales inspiradas en una observación minuciosa y apasionada. Ningún talento debe menos á los libros; su sencillez, su candor han desterrado los artificios retóricos; posee el sentido instintivo del color y de lo pintoresco; ve y canta como el pueblo, para él compone y bajo su dictado escribe. Como él tiene la curiosidad entretenida, infantil, de los espectáculos limitados. Su universal ternura abraza á las bestias y á las gentes pero parece que su predilección se dirige á las criaturas elementales, á cuanto vive y se debate sin comprender. A menudo también su lirismo se eleva por los simples impulsos del patriotismo y de la fe. Para celebrar las noches apacibles ó el reflejo movedido de las praderas, para exaltar los árboles fraternales ó la salud valiente, la tenacidad muda de los aldeanos, encuentra acentos de encumbrado vuelo.

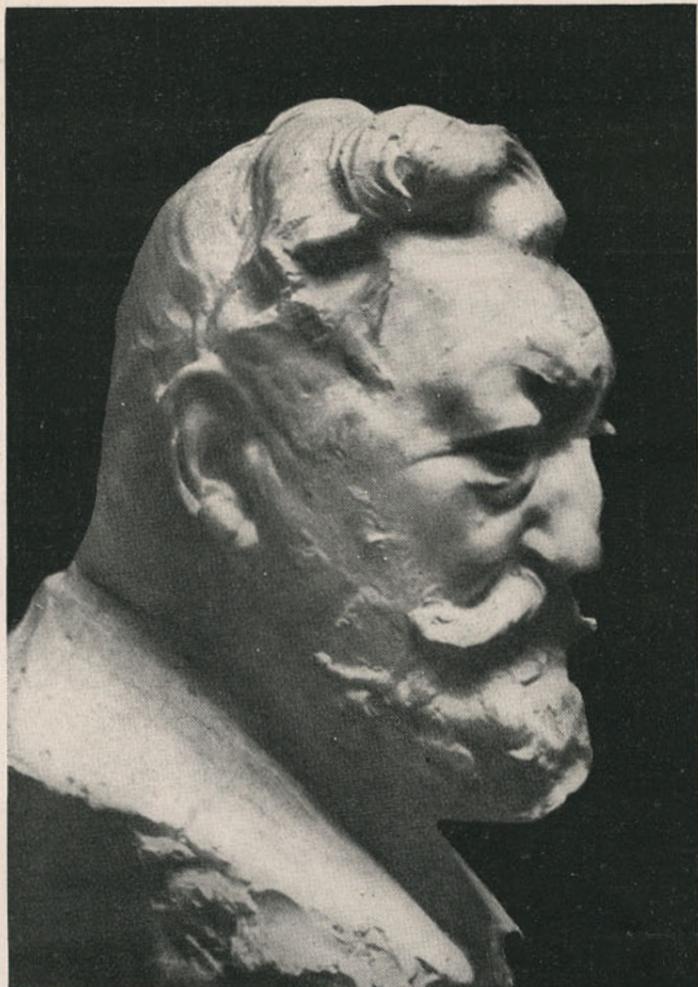
Si yo insisto en Guido Gezelle es porque es el poeta favorito de Lagae. Es á él á quien el escultor llama en su socorro y cita cuando teme traducir insuficientemente los matices de su sensibili-

dad. Es también porque un parentesco estrecho unió sus obras. Ambos son espontáneos, emancipados, y únicamente inquietos de resumir una raza.

Modelando el rostro de su querido poeta, Lagae, trajo todo su entusiasmo ingenuo, toda su conciencia religiosa. La técnica italiana al servicio del ideal flamenco no ha producido obra más sobrecogedora. El cantor del *Lirio*, con su frente pesada y surcada de arrugas, su amplia boca indulgente, sus ojos semi-cerrados, en el recogimiento de la



EXPIACION



EL PINTOR F. CALTEBERT



EL PINTOR SCHOENENBLER

contemplación, aparece como un Mateo Palmieri del Norte. Y con qué luminosa claridad se ha traducido en el modelo el doble carácter del poeta que mira y se exalta, del sacerdote que consuela y absuelve. Vinieron en seguida los retratos del pintor Von Aise, de Heismans, el paisajista de las mañanas en el Escalde. Y, por fin, una de esas maravillosas obras maestras de análisis lúcidos, atrayentes como *El Desconocido* de Houdon, fascinante como una aparición de Carrière, porque en sí resume la intelectualidad aguda y dolorosa de un siglo: es el busto del escritor Andrés Goffin, el traductor de Fioretti, el biógrafo de Pinturieri. Sobre planes sólidos, ahogados en tibias luces, el escultor ha inscrito los matices fugitivos y hasta las sutiles delicadezas de un espíritu inquieto y concentrado. En esos ojos cernidos de bellas sombras, sobre esa boca doliente, la fiebre del pensar lucha con el cansancio de conocer; y una simpatía fraternal nos invade por un desencanto de las experiencias altivas, hacia un pesimismo resignado y lastimoso. Lagae ha formado uno de los más fuertes estudios de psicología y de crítico humano de los últimos tiempos.

El hijo de la sana democracia flamenca debía colocarse al

lado de los artistas y de los intelectuales, de los plebeyos y de los humildes. Ha estudiado los viejos aldeanos en quienes se refleja la serenidad de la llanura, la filosofía de la campiña. Sobre sus dunas amarillentas ha encontrado los marinos y los

pescadores que nos ha mostrado nerviosos y firmes, prudentes y astutos, con sus figuras cocidas encuadradas en barbas rudas y ojuelos penetrantes de aves marinas. Para concluir su círculo, Lagae ha esculpido á los dirigentes, los industriales y los comerciantes, y con un sentimiento magistral del retrato oficial, los Príncipes, los Generales y los Obispos.

Ha investigado con ojo implacable todos sus modelos ejecutándolos con el estilo más amplio. Sin mezquindad ni tacañería ha multiplicado los detalles, persuadido de que todos los accidentes de forma tienen su interés propio.

La primera vez que contemplamos una reunión de bustos de Lagae, nuestros ojos latinos se sienten desconcertados. Experimentamos un sentimiento extraño, delante de aquellas efigies silenciosas y cerradas que parecen apariciones surgidas de nuestros recuerdos y evocaciones turbadoras antes que retratos. Es porque ignoramos ese pueblo cuyo pensamiento desconocido nos trae Lagae.

(De P. Neveu.—Arreglo de F. R.)



MADRE E HIJO

Pida Ud. sus

# Artículos Fotográficos

á Hans Frey

Pidase catálogos

VALPARAISO



## “FAMILIA”



**REVISTA MENSUAL**  
Modas, Labores de Mano, Modelos de Muebles, Casas, Cocina, Consejos para el hogar, Cuentos, Novelas, Música y cuanto pueda desear una buen dueña de casa



Unica en su género en Sud-América - Se publica el tercer domingo de cada mes - Material ameno é instructivo - Precio: UN PESO - Suscripción Anual Diez Pesos. Editores Empresa Zig-Zag



### Como se obtiene un hermoso Pecho

¿Quiere Ud poseer un busto de formas opulentas y ufanas, un seno firme y lleno sin exceso, y una graciosa lozanía? Tome Ud las PILULES ORIENTALES. En algunas semanas su busto se desarrollará y se pondrá firme desaparecerán las sobresalidas osudas, los huecos se colmarán, y su busto no tendrá ya nada que envidiar al de sus amigas más favorecidas por la Naturaleza. He aquí lo que escribe la señora Emilia R. de Roubaix: "Muy señor mío: Acabo de hacer uso de las PILULES ORIENTALES para la reconstitución del busto y debo expresarle mi gozo tan grande, pues que ya tengo el busto perfecto que yo deseaba. Está sorprendente y sin embargo está exacto." Y la señorita María F. Plaza del Archevêché á Tours: "Hasta hoy tengo razón para declararme muy satisfecha por el excelente resultado producido por las PILULES ORIENTALES y tengo gusto en darle mis gracias y atestiguarle mi admiración profunda por un producto tan maravilloso." Las PILULES ORIENTALES son siempre bienhechoras para la salud y son eficaces para las muchachas cuyo desarrollo está retrasado como para la mujer cuyo busto carece de volúmen ó de firmeza. La cura es fácil al ser seguida, en secreto produce un resultado durable en cerca de dos meses solamente. Un frasco con instrucciones á París 6 fr. 35.—De venta: J. Ratié, Pharmacien 5 Passage Verdeau, París.—En Santiago: Max Mengin y Cía. En Valparaíso: Daube y Cía. y en todas las buenas Farmacias y Droguerías. Exigir sobre las cajitas el sello francés de la "Union des Fabricants".

### Bases del Concurso de Belleza de "Selecta"

- 1.º Toda persona que desee indicar cuál es, á su juicio, la señorita más bella de Chile deberá llenar el cupón de la Revista indicando el nombre y lugar de residencia de la señorita agraciada.
- 2.º No podrán figurar señoritas menores de 16 años ni señoras casadas ó viudas.
- 3.º En todos los números de "Selecta" se publicarán los nombres de las señoritas que vayan teniendo la más alta votación en cada ciudad de Chile.
- 4.º En el número de "Selecta" correspondiente al mes Enero de 1912, se publicarán los retratos de las señoritas que hayan obtenido la más alta votación en cada ciudad de Chile.
- 5.º De los retratos publicados, nuestros lectores deberán elegir el que á su juicio merezca el primer premio á la Belleza chilena, para lo cual se procederá á una nueva votación, que terminará en el mes de Marzo de 1912.
- 6.º En el número de "Selecta" de Abril de 1912, se publicará en colores el retrato de la señorita más hermosa de Chile y que habrá sido elegida en votación general.
- 7.º No se computarán los votos que no vengan en el cupón de "Selecta".
- 8.º A la señorita que obtenga la más alta votación en todo Chile se le obsequiará un hermoso Collar de Perlas que ha sido galantemente ofrecido por los señores fabricantes de la HARINA LACTEADA NESTLE.
- 9.º Los cupones se dirigirán al Director Artístico de "Selecta", Casilla núm. 84 D. Santiago.

ESENCIAS  
L. LEGRAND  
LAS  
MEJORES

Pídase los perfumes:  
L'EVENTAIL  
VIOLETTES DU OZAR, ETC.  
incomparables por su suavidad  
y persistencia.

L. LEGRAND  
Parfumeur  
Paris.



# CRÈME SIMON

La **Gran Marca** de las **Crema**s de **Belleza**

*Inventada en 1860, es la más antigua y queda superior  
à todas las imitaciones que su éxito ha hecho aparecer.*

**POLVO DE ARROZ SIMON**  
SIN BISMUTO

**JABÓN Á LA CRÈME SIMON**

*Exijase la Marca de Fábrica: J. SIMON - PARIS.*

**VINOLIA**  
JABONES Y PREPARACIONES  
PARA EL TOCADOR



Las agradables y refrescantes  
cualidades de los jabones  
VINOLIA dan mayor suavidad á  
la tez más delicada.

## REUMATISMO, GOTA, MAL DE PIEDRA

CURADOS POR LAS

**Sales de Litina**

EFERVESCENTE

**LE PERDRIEL**

*Superior á todos  
los demas disol-  
ventes del Acido  
úrico :: :: :: ::*

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES  
FARMACIAS Y DROGUERIAS



## SELECTA

REVISTA MENSUAL  
ARTÍSTICA

EDITADA POR LA  
EMPRESA ZIG-ZAG

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

Un año . . . . . \$ 10.00  
Seis meses . . . . . 5.50  
Número suelto. . . . . 1.00



## SUMARIO

	Págs.		Págs.
TEXTO			
Hechos y notas, Luis Orrego Luco.	192	Retrato de señora, llamado "La Bella de Tiziano". . . . .	194
Los grandes maestros de la pintura. . . . .	193	Virgen con el Niño, San Juan y San Antonio, Tiziano. . . . .	194
Don Gonzalo Bulnes, Miguel Luis Rocuant. . . . .	195	La muerte de Wertehr, L. Baude.	201
Las mujeres de los Césares. . . . .	197	Un rincón del bosque de Fontainebleau, E. Tavernier. . . . .	202
Conversando sobre arte, Richon-Brunet. . . . .	201	En la misa, P. Gourdault. . . . .	203
El Santiago de otro tiempo, Lorani	208	En las fuentes del amor, Paul Gervais. . . . .	204
Sin hijos, R. Maizerro. . . . .	213	Crepúsculo, L. Harpignies. . . . .	206
Marcial Plaza-Ferrand, F. R. . . . .	217	El almuerzo de las huérfanas el día de la primera comunión, E. Renard. . . . .	207
Un ser no comprendido . . . . .	219	Verano, Plaza-Ferrand. . . . .	219
GRABADOS			
Sapho. . . . .	191	INSERCION	
Virgen adorando al Niño, Corregio	193	En el establo de las ovejas.—Cuadro de Charles Emile Jacke	
El amor sagrado y el amor profano, Tiziano. . . . .	193		

# CONCURSO DE BELLEZA

DE

## “SELECTA”

	Votos		Votos
<b>PROVINCIA DE SANTIAGO</b>		<b>PROVINCIA DE LLANQUIHUE</b>	
Sara Besa Montt . . . . .	561	Margarita Moreno . . . . .	42
María Cordero Vivanco . . . . .	450	Hanny Franke . . . . .	24
Tula Montes Montes . . . . .	336	Adela Temme . . . . .	35
Josefina Vial Freire . . . . .	329	Amelia Vásquez . . . . .	12
Kiryra Prieto Nieto . . . . .	327	Juana Montalva . . . . .	10
Luz Izquierdo Tupper . . . . .	223	<b>PROVINCIA DE ARAUCO</b>	
Elena Sanfuentes Joglar . . . . .	217	Fresia Villagrán . . . . .	41
Lily Rogers Cavero . . . . .	216	Emma Hanne . . . . .	32
María Recabarren V. . . . .	114	Berta Aguirre . . . . .	14
Manuela Ossa L. . . . .	113	<b>PROVINCIA DE ACONCAGUA</b>	
<b>PROVINCIA DE VALPARAISO</b>		Teresa Urbina . . . . .	38
Florencia Zegers Porgoño . . . . .	226	Librada Quiroz . . . . .	19
Rosa Grez S. . . . .	114	Rosa Soza C. . . . .	17
Gertrudis Detmer . . . . .	113	Berta Yáñez . . . . .	13
Emma Bobillier . . . . .	111	<b>PROVINCIA DE ANTOFAGASTA</b>	
Raquel Luco . . . . .	90	Sara Bustamante . . . . .	30
Ines Vigil O. . . . .	70	Blanca Greene . . . . .	24
Ana Infante . . . . .	67	Guillermina Montano . . . . .	23
Raquel Castro . . . . .	55	<b>PROVINCIA DE O'HIGGINS</b>	
Sofía Murillo S. . . . .	50	Ida Olmos A. . . . .	29
Luisa Gomez L. . . . .	34	Zunilda Lemaitre . . . . .	29
<b>PROVINCIA DE CONCEPCION</b>		Margot Cerda . . . . .	14
Marta Labeyrie . . . . .	119	<b>PROVINCIA DE COQUIMBO</b>	
María Luisa Beutner . . . . .	110	Lila Villa . . . . .	27
Lucrecia Perry . . . . .	97	Marta Munizaga . . . . .	26
Auristela de la Jara . . . . .	96	Gabriela González . . . . .	25
Viola Guzmán . . . . .	85	Sofía Alvarez . . . . .	14
Domitila Urrutia . . . . .	63	Clara Schaffner . . . . .	10
Lidia Mathieu . . . . .	56	<b>PROVINCIA DE ATACAMA</b>	
J. Amelie Mourgues . . . . .	43	María Briceño . . . . .	25
Ines Burmeister . . . . .	41	Blanca Grove . . . . .	13
Teresa Slavín . . . . .	33	<b>PROVINCIA DE CHILOE</b>	
<b>PROVINCIA DE ÑUBLE</b>		Isabel Mayorga . . . . .	20
Elena Peña L. . . . .	115	<b>PROVINCIA DE CURICO</b>	
Elisa Solar B. . . . .	111	Graciela Correa . . . . .	17
Esther Martín A. . . . .	98	<b>PROVINCIA DE MAULE</b>	
Concepción de Larraechea . . . . .	97	Aída Villalobos . . . . .	15
Albertina Munita . . . . .	84	María Salgado . . . . .	14
Marta H. Bénézet . . . . .	54	<b>PROVINCIA DE BIO-BIO</b>	
Cristina Ojeda . . . . .	45	Fresia Contreras . . . . .	13
Marta Aqueveque . . . . .	43	Laura Rubio . . . . .	13
María Mardones . . . . .	37	María Gacitúa . . . . .	12
Amalia Melo . . . . .	32	<b>PROVINCIA DE COLCHAGUA</b>	
<b>PROVINCIA DE MALLECO</b>		Sylvia Salvatierra . . . . .	13
Emilia Muñoz G. . . . .	87	<b>PROVINCIA DE CAUTIN</b>	
Mariana Bambach . . . . .	86	María del Solar . . . . .	12
Hortensia Barros . . . . .	50	Berta Gutiérrez . . . . .	10
Rosa Kind . . . . .	33	<b>PROVINCIA DE MAGALLANES</b>	
Berta Vilu . . . . .	30	Antonia Blanchard . . . . .	10
Berta Sanhueza . . . . .	10		
<b>PROVINCIA DE VALDIVIA</b>			
Emma Grob W. . . . .	79		
Rosario Guarda . . . . .	77		
Carmen Barria . . . . .	20		
Pilar Miranda . . . . .	11		
<b>PROVINCIA DE TARAPACA</b>			
Amy Mayne N. . . . .	78		
Violeta Cáceres . . . . .	22		
Berta Márquez . . . . .	10		
Hortensia del Canto . . . . .	16		
Berta Peake G. . . . .	19		